

DESTINO

POLITICA DE UNIDAD

Núm. 396 - Barcelona, 17 de febrero de 1945 - 1 pta.
SEGUNDA EPOCA — AÑO IX
REDAC. Y ADMIN.: PELAYO, 28, PRAL. 1.º TELF. 11482

"Ahora, como siempre"

LOS periódicos y algunos destacados comentaristas ingleses se dirigen, recientemente, a los emigrados republicanos con este consejo: ¡Moderación!; que obraran con prudencia, que no se entregaran al extremismo. Sin embargo, los aconsejados no han hecho caso de lo que se les aconsejaba. Ha podido más algo en ellos congenito y consubstancial — la tendencia hacia la extrema izquierda más exagerada — y otro elemento circunstancial, pero no menos poderoso: el espejismo de Rusia, que a tantos deslumbró, en estos tiempos, haciéndoles creer que «sólo» Rusia gana, en realidad, la guerra, y que «sólo» Rusia administrará la paz. Funesta fuente de ilusiones, en unos, y de excesivos temores, en otros que, quizá, la conferencia de Crimea consiga por lo menos aliviar. He ahí lo que, al parecer ha sucedido entre los emigrados republicanos.

Martínez Barrios, como se sabe, se titula «Presidente accidental de la República», puesto que tal dispone la Constitución republicana que sea el presidente de las Cortes. En tal calidad, convocó la reunión de las «Cortes republicanas» en Méjico. Se trataba, entonces, bajo la dirección o consejo de Prieto, y otros elementos, de dar a la emigración republicana un carácter tranquilizador, «moderado» y anglófilo dentro del izquierdismo general. Visto tal propósito, Negrín, desde Londres, manifestó su decisión de abstenerse de acudir a la reunión mejicana, llegó casi a calificar de faccioso el intento e hizo público un escrito en el cual se enumeraban los extremos por los cuales la convocatoria y la sesión eran ilegales y anticonstitucionales. Para mayor repulsa, el documento no fué entregado a Martínez Barrios, el cual se enteró de su contenido por la Prensa norteamericana.

En aquel momento intervino el embajador de Rusia (el mismo que, pocos días después, moría en un accidente de aviación). Dicho diplomático reunió, en una comida, a Martínez Barrios y a Alvarez del Vayo — representante de Negrín en América — logrando ponerlos de acuerdo. Así, se decide que «la República» abandone el tono «conservador» que los «moderados» trataban de imprimirle y que vuelva, acentuándolo todavía, a la orientación ultra izquierdista propugnada por Negrín y Alvarez del Vayo. Tras los cuales se encuentra no sólo Rusia, sino también la parte activa, exaltada y más resuelta de los milicianos refugiados en el sur de Francia, a quienes se conoce generalmente con el nombre de «maquis». Inmediata consecuencia de la comida celebrada por el embajador ruso, Martínez Barrios y Alvarez del Vayo, fué la ruptura del «Presidente accidental de la República» con el grupo de los «moderados» y la vuelta a la actuación, como «jefe del Gobierno», del doctor Juan Negrín. Este se ha trasladado a Francia y está celebrando diversas reuniones con sus partidarios, todos ellos pertenecientes al ala izquierda más extremista dentro de la emigración roja española. También ha conferenciado, es cierto, con Miguel Maura, pero no han llegado a ningún acuerdo. Y algunos periódicos extranjeros que, semanas atrás, crearon extraordinario y desproporcionado ambiente al ex ministro de la Gobernación, y que eran favorables a sus propósitos, reconocen ahora, tristemente, que, en realidad, no le sigue nadie.

Así, sin palabras gruesas, sin alharacas ni calificativos, hemos querido exponer, en pocas líneas, la perspectiva que presenta el campo de los dirigentes republicanos emigrados. La cosa no necesita comentarios: ¡Todo el que tenga ojos para ver, que vea; quien tenga oídos para oír, oiga! La situación en el campo de los dirigentes republicanos emigrados se caracteriza por los siguientes nombres, con todo lo que ellos representan: Negrín y los «maquis». — C. L.



La ofensiva iniciada por los ejércitos angloamericanos frente a las fortificaciones alemanas de la línea Sigfrido que defienden la entrada del Rhur y los llanuras de Colonia, se ha visto fuertemente obstaculizada por las grandes inundaciones provocadas por las tropas en retirada. Avanzando penosamente por una carretera inundada, columnas de camiones se dirigen hacia los nuevos frentes



Léase en este número los reportajes:

"La tragedia de los intercambios de población", por SANTIAGO NADAL, y

"La Misteriosa Luz de Manresa", por JOSE E. VILARÓ, en la sección de Arte y Letras,

el artículo de MIGUEL DOLÇ, **"La Sabiduría en el trono"**; además el cuento de MARK TWAIN, **"Para curar un catarro"**, traducido por M. MILLANES e ilustrado por JOSE M.º PRIM

Véase, además, en las páginas internacionales el artículo de JUAN R. MASOLIVER, **"INCOGNITAS DESPEJADAS"**

ESPECTACULO DE MEDIANOCHE

A CADA DIA SU AFAN



de la una de la madrugada, o de las diez de la noche, que a cualquier hora de esas puede admirarse. Me refiero al que se da en el Paseo de Maragall, a lo largo de la Rambla de Cataluña, por la Granvía o cualquier otra de las calles por donde tiene instalados sus servicios de transportes colectivos la Compañía benemérita. Me refiero a esos coches iluminados «a giorno» que, sin más pasaje que tres o cuatro tranvías, evolucionan por la ciudad y no admiten a la gente porque — según informan desde dentro, entre adusteces y chocota — «ván a refiro». Dejando aparte que si no llevan pasaje bien pudieran los tales aflojar alguna bombillita (que un solo tranvía consume más fluido, en alumbrado, que en la casa de cualquiera de ustedes), sucede que también los transeúntes de aquellas horas «van a refiro», un refiro tan digno de ser tenido en cuenta como el de los productores tranvías. Y que si el refiro del transeúnte coincide, en todo o en parte, con el trayecto que siguen esos retirados tranvías, no estaría de más que cargaran con ellos en ahorro de molestias.

Direis que es pedir peras al olmo. Porque el comodín de las restricciones puede servir para que se supriman los servicios de trayectos baratos (si los hay); para que el 16, por ejemplo — o el 14, o el 58 —, circulen hoy por una calle y mañana por otra; para que de coche a coche de esos tranvías sin número — y es espectáculo que podréis observar cualquier noche — se crucen diálogos a voz en grito, se vaya atrás y adelante, en marchas y contramarchas, bailando la cuadrilla con gran regocijo de los aprendices de conductor. Nunca, claro está, procurando atender los justos intereses de los usuarios, es decir, de la sufrida población que hace posibles y efectivos los pingües ingresos de la Compañía de maras. Aunque, en honor a la verdad, no creo que en las circunstancias actuales repartan muchos beneficios. Porque, donde los dieran las restricciones y ese sistema del refiro — y la escala de sueldos establecida para los productores —, se los llevaría ese cambio general y multiplicación de rieles que desde hace largos meses venimos padeciendo. Los malintencionados dirán que más valiera dejar el hierro en su sitio y aumentar el número de coches, so pena que se trata precisamente de reducir los beneficios. Y por aquello de que, viejos o nuevos, muchos o pocos, ya se encargará la población de tomar por asalto y vaciar su bolso en los coches que haya. Bonito espectáculo que ya no de medianoche, sino que es de todas las horas del día.

MICER BORRA



El Desierto de Sarriá, donde según la tradición vivía la virgencita Santa Eulalia, la Layeta, sacrificada por Daciano en el siglo III.

SANTA EULALIA, LA DONCELLA DE SARRIÁ

EULALIA, la dulce doncella, pasa por el estanque del febrero sin rizar, apenas, su superficie. No obstante, años ha, la ciudad festejaba como Patrona suya, y en su pueblo de Sarriá, levantábanse grandes estoldados que atraían a la juventud barcelonesa. Hoy, su aureola popular no resplandece tanto, y hoyano incluso no hemos visto anunciados los festejos con que la barriada del Padró quiso, un día, iniciar una tradición caoba.

Por cierto, ya que a la castiza plaza nos referimos que el obituario de la Santa sigue decapitado de su estatua. Qui- sería hora de reparar el

desaguisado que comirió la impiedad roja, y colocar de nuevo, en su pedestal, la imagen de la mártir barcelonesa. El itinerario de su suplicio, cuyo punto de partida fué la Catedral, contaba con dos mojones singularmente evocativos: uno, la ingenua capillita, ajornadamente reconstruida en la bajada que lleva el nombre de la Santa. La otra estación de dolor, situada en la Plaza del Padró, sigue ostentando su bárbara mutilación escultórica.

La festividad de Santa Eulalia facilitaba, antiguamente, el acercamiento de los barceloneses a Sarriá, que era un pueblo encantador, lleno de paz

DE MEDIODIA

UNA PAELLA EN EL «PONT DEL MICO»

LOS CAMPESINOS DEL DISTRITO SEXTO

QUIEN escribe estas líneas fué el otro día invitado a comer una paella que quizá sea histórica. El ágape tuvo efecto en el campo, pero — aquí reside la circunstancia excepcional — el campo está, en este caso, como quien dice al alcance de la mano. Al fraguar la jira, habíamos preguntado al anfitrión:

—¿Se trata de ir a Las Planas?

El hombre se sonrió.

—No —dijo— Mucho más

LEGUMBRES URBANAS

Acudimos a la invitación con cierta desconfianza. Pero, al declinar la tarde despachada la manducatoria, tuvimos que confesar que la ilusión había sido completa. Habíamos vivido, realmente, un día de campo. Entre casas de cinco pisos, garajes y sierras mecánicas, es verdad. Pero ateniéndonos únicamente al paisaje inmediato, hubo que convenir que el «Pont del Mico» vale, para el



Los tratantes en ganado se han instalado en algunos pisos y áticos de este barrio, camino de ser pintoresco.

cerca. Vamos a hacer un arroz en el «Pont del Mico».

El «Pont del Mico»! El nombre tuvo la virtud de resucitarnos, en el pensamiento innumerables imágenes de nuestra infancia. Cuando, a partir de la calle de Muntaner, empezaba la campaña, pues el ensanche por aquellos andurriales únicamente existía en la mente de ingenieros y arquitectos. Encaramados al «Pont del Mico», de niños, matamos muchas horas viendo pasar los trenes, cuyo humo, al tiempo que nos ennegrecía la cara, nos llenaba el alma de deseos de evasión, de nostálgicos pensamientos relativos a remotos y raros países.

—Bueno —replicamos al amigo— La paella nos la comeremos en un piso, ¿no?

—No, no! Te he prometido un día de campo. A veinte metros de la línea del tranvía 58, aun quedan árboles, matorrales, cultivos, oasis, en fin, de vegetación feraz, donde es posible todavía encender la lumbre con cuatro leños y, mientras cuece el arroz, dase un baño de poesía bucólica.

y de virtudes. A pesar del ferrocarril eléctrico, son muchos nuestros conciudadanos, cuya visión de Sarriá es puramente epidérmica, y que no sospechan cuánta poesía amagase todavía hoy en muchos rincones de la vecina localidad, puesta bajo la advocación de una virgen payesa, niña de cuerpo, pero con un fuerte, indomable espíritu.

caso, tanto como Las Planas o las orillas del Llobregat.

Es curiosa esa supervivencia campesina en el corazón de la ciudad. La línea M. Z. A., que durante tanto tiempo obstaculizó la urbanización del oeste barcelonés, hoy, desde su zanja, sigue todavía marcando aquellos parajes con su agreste huella. No importa que aquí y allá surjan viviendas con ascensor, que en la contigua calle de Muntaner se multipliquen los bares elegantes, que la babilónica ciudad sitie con su argolla de cemento esa parva mancha de verdor. De espaldas al progreso, hay en el «Pont del Mico» quien diariamente sigue regando sus coles.

¡ADIOS A NUESTRA CAMPISA!

Cuesta cambiar en absoluto la fisonomía de un lugar. No son solamente unos cuantos árboles y un par de bancales de legumbres! Es todo el barrio el que hace honor a esa próxima ascendencia payesa. Frente las tabernas, los animales paran a abrevarse. Los zaguanes huelen a heno y a mosto. Existen sociedades pueblerinas, con amplios cafés llenos de espejos y con minúsculas salas-teatro. Tratantes de ganado tienen sus cuadras abiertas. Los jornaleros comen, sentados al sol, la pitanza que les han traído sus consortes.

Todo eso no justificaría, sin embargo, el calificativo de histórica que hemos aplicado a nuestra paella del otro día. Ocurrió, empero, que veinticuatro horas después, unos at-



Un campo de coles que presta encanto a este paisaje urbano de nuestros arrabales.

bañiles cercaban con ladrillos uno de los escasos campos sobrevivientes en las cercanías del «Ninots». Dentro de unos meses, se levantará allí una casa de pisos. A nosotros asaltó la sospecha de si habia-

mos asistido a la última jira campestre celebrada en el Distrito VI barcelonés. Y fué esta consideración la que nos indujo a dejar constancia escrita y pública de un episodio tan vulgar en apariencia.

NOTAS

DEL OTRO MUNDO

Royal Zenner, de 44 años, se metió a hurtadillas en una casa de Los Angeles. Tres mujeres se le echaron encima y lo golpearon hasta derribarlo. Cuando llegaron dos policías, el ladrón les dijo: «Me alegro de verlos, porque la cosa se estaba poniendo muy fea.»

En el diario «Kansas City Star» apareció el siguiente anuncio, muy propio de estos tiempos de guerra: «Hermoso cuarto, excelente comida, transportes, hombres.»

La escultora Bárbara Hebert Wilson ha pedido el divorcio de su marido, el millonario Wilson, porque éste usa ropa de saco hasta cuando va a la ópera, pretendiendo además que ella le remiende semejantes prendas. Dice la señora que el año pasado le convenció de ir a pasar unas vacaciones en Méjico, pero en vista de que en Monterrey le cobraron 40 centavos de dólar por una comida, el muy tacaño prefirió regresar a los EE. UU.

Atiborrado de psicosis de guerra, un árbol de un parque particular, en el Estado de Colorado, al ser derribado por el viento destruyó el auto de la familia, rompió tres cables de energía eléctrica, averió la casa de un vecino, mató un perro y derribó una colmena. Se le pone por modelo de lo que Hitler ha dicho que ocurrirá en Europa si él sucumbe.

Según la Empresa de Seguros británica Lloyd's, los soldados norteamericanos han comprado en las joyerías de Inglaterra anillos de compromiso matrimonial por valor de 80 millones de dólares. Los anillos siguen en Inglaterra.

La Policía de Nueva York capturó a todos los

membros de una banda de asaltantes — cuatro hombres y cuatro mujeres — que llevaba cometidos 60 asaltos, robado 200 mil dólares, asesinado a dos personas y herido a cinco. Todos son sordomudos. El cabecilla tiene sólo 19 años.

Celebraba su fiesta de bodas el pseudo ingeniero Moisés Bertrán, cuando irrumpió la Policía y cargó con él y con su suegra. Ambos están acusados de haber estafado a varias personas que les confiaron la construcción de sus casas. La novia, los invitados y los músicos acompañaron a los detenidos hasta la Comisaría. Tanto cantaron y se divertieron, que los transeúntes pensaron que se estaba impresionando una típica película mejicana.

El Concejo municipal de Glendora, California, recibió de uno de sus vecinos solicitud para que se le permita instalar un volcán en el parque de su casa, cultivado como una escena de los mares del Sur. El solicitante explica en su escrito que las erupciones serán de poca monta.

Luis Fernández del Campo, director general de Previsión Social de la Secretaría del Trabajo, de Méjico, declaró a los periodistas: «Yo soy agricultor por vocación, abogado por equivocación y político por maldición.»

Como en las inmediaciones de Wisconsin Falls (EE. UU.) acaban de descubrirse algunas formaciones glaciares que los expertos arqueólogos opinan tienen la edad de diez millones de siglos, la alegría cundió entre los escritores, orgullosos de poder afirmar que América es un tanto antigua.

Medianoche

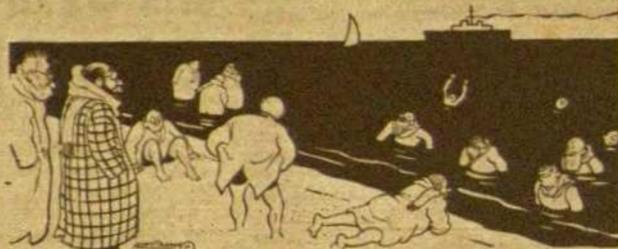
UN CONCURSO ORIGINAL

¿Cuántos baños de mar ha tomado usted este invierno?

Lo más probable es que ni usted ni yo hayamos tomado ningún baño de mar este invierno. El frío ha sido más que regular y la temperatura del agua me dicen que ha llegado en algunos días a diez grados bajo cero. Además hemos disfrutado en nuestra

do reducidos hoy a cuatro, que aclaman la llegada del buen tiempo. Las bases del concurso son duras. En una de ellas se dice: «No basta con mojarse, hay que nadar». Los resfriados han sido considerables.

—¿Y por qué cree usted que se hacen estas cosas?



costa de algunos de los más fuertes temporales de levante de estos últimos años.

Con todo ello, veintidós socios del Club Natación Barcelona se inscribieron en un curioso concurso. La broma era la siguiente: Ver quién tomaba más baños de mar desde el 15 de noviembre al 15 de mayo.

En caso de empate entre varios concursantes, se lleva el primer puesto el de más edad. Y para esta original concurso, el original deportista señor Albarada ha ofrecido una Copa.

—¿Se han conseguido buenos resultados?

—Piense usted en el invierno que hemos pasado. Los veintidós inscritos han queda-

do. Lo ignoro. Lo cierto es que tienen mucho éxito —no es éste el primer concurso, ni mucho menos— sobre todo entre los señores de cierta edad. Un amigo mío, por ejemplo, inscrito en la prueba, tuvo que macharse unos días a Palma.

¿Sabe usted lo que hizo? Pues bañarse allí todos los días. Al volver enseñó al jurado del Concurso un certificado de un agente de Carabineros que atestiguaba el hecho. Así ha continuado manteniéndose entre los primeros clasificados gracias al sentido deportivo de aquella autoridad, que comprendió la gravedad del asunto.

más sencillas. Porque los platos aparatados y deslumbradores están al alcance de muchas vanidades; ahora, hacer sencillamente las cosas sencillas, esto ya tiene miga.

—Señor Paco —le preguntamos—, ¿cómo se llamará su futuro establecimiento?

—El primero que tuvo mi familia se llamaba «Casa la Silas»; luego, «Fonda del Vallés»; luego, «Fonda de España»; ahora se llama «Hotel de Europa».

—Estamos rozando el Universo.

—Sí, ahora le tocaría el turno al Universo, pero para mi gusto lo mejor sería volver a «Casa la Silas».

¡Extraordinario don Paco! Con estas ideas es imposible no llegar a donde se desea. Es indefectible.

Con estas ideas y la vocación, la obsesión del oficio. Estando, en la época de la guerra, refugiados en París y viviendo crepuscularmente, el señor Paco iba cada día al mercado temprano y examinaba ante las vitualas lo que hubiera podido hacerse con ellas. Al llegar a la pensión decía a sus amigos, atónitos:

—Hoy hubiéramos podido poner una sopa de pescado exquisita, unos lenguados, unas bechadas. Los pollos de Bresse estaban estupendos.

Las hipótesis del señor Paco eran tan obsesivas, que casi no lo parecían.



EN BRAZOS DEL SEÑOR PACO

UNA cosa parece bastante cierta: ver a un catalán entregado profundamente a su obsesión es un espectáculo magnífico. ¡Qué movimiento, cuánta diligencia, qué gusto en el trabajo, qué manera de tirar hacia delante más brillante y sanguínea!

En estos momentos de general hipocondría y de baja tensión —y no nos referimos ahora a la electricidad— todavía es posible ver en este país, con una profusión que deseáramos ver aumentada por doquier, el espectáculo de referencia. Ante su ejemplaridad, ¿cómo es posible que nos enturbien la vista las nubes del pesimismo y las ineluctables estupideces ajenas? El espectáculo que nos ofrece el señor Paco de Granollers al frente de su restaurante de las «Siete Puertas» es algo que levanta el ánimo y disipa las sombras de la melancolía.

La tercera reunión de los elementos de DESTINO se celebró en las «Siete Puertas», nuestro querido Juan Ramón Masoliver no pudo acompañarnos por estar indispuerto; su ausencia fué profundamente sentida. Los acuerdos que se tomaron serán del agrado de los viejos amigos de esta revista. En todo caso, la cena fué merceda, por decirlo así, en los brazos del ilustre granollereño —de este hombre que se desvive, literalmente, para ser agradable a la gente.

Brunet contó como cortes-

ponde a un bravo luchador como un león. Los entremeses, las manitas de cerdo, las angulas, el caibrito y la liebre. ¡Y todavía hay gente que se extraña de que Brunet escriba tan bien! Teixidor y Vergés son jóvenes, duros en la tarea; atacaron dos platos perfectamente merecidos: los famosos lenguados del señor Paco y su riquísima perdiz a la col. Solervicens vino ya cenado, pero se produjo una confusión y reincidió, como no podía ser menos. Nuestro estupendo director está un poco fatigado porque enfrascado como está en el segundo volumen de su novela, ha considerado necesario, para distraerse, comprarse una bicicleta, con la que circula por las playas de Oro ligero como el viento. Sin embargo, las bicicletas son cosa de mujeres. Así es que cenó poco. El más frugal fue Pla, como siempre. Espinacas con huevos pochés y agua de Vilajuiga.

Es hora ya de decir que el señor Paco trabaja en su establecimiento con materiales de una frescura y de una lozanía verdaderamente excepcionales en la época presente. En el terreno del pescado, el restaurante continúa la tradición de una casa que siempre tuvo la primacía. En el aspecto de la carne y de la caza, las «Siete Puertas» se ha convertido en un paraíso. Y el remate es este: en las «Siete Puertas» se pueden comer, además, hechas con gran sencillez, las cosas

EL ANGEL NO HA LLEGADO

El día de la Candelaria, como es bien sabido, se esperaba en casa de don Eugenio Ors la llegada del Angel Custodio que regalaban al ilustre escritor sus amigos y demás admiradores. Diversas circunstancias impidieron que el Angel hiciera su aparición a su debido tiempo. En vista de ello, se aplazó la celebración de tal solemnidad y se repartieron entre los asistentes a la reunión del viernes unas hojitas con el siguiente texto:

«Nevadas y otras inclemencias del tiempo y de la historia, privan hoy la llegada al Caserón del Sacramento del Angel Custodio de Eugenio Ors. Mientras esperan su presencia para después de la penitencia cuaresmal, los oferentes encienden las Candelas de Purificación para remedio de apagones y de cualquier ocasión de Tinieblas».

El texto no lleva firma alguna.

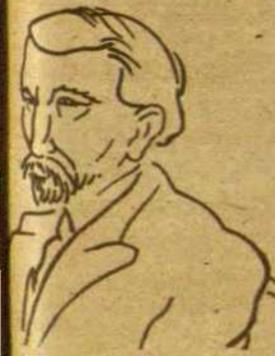
Ese día o, mejor dicho, esa tarde fué un concurrido viernes de don Eugenio. Asistió el pintor catalán Miguel Villá, así como el pintor canario Juan Guillermo, ambos muy satisfechos por el excelente éxito de sus exposiciones respectivas, en el salón «Estilos», el primero, y en la Sala Macarrón, Juan Guillermo. Más tarde llegó el almirante Estrada, recién elegido miembro de la Real Academia Española. Venía con su ayudante, que nos contó las vicisitudes de protocolo que había realizado el almirante Estrada para agradecer a los demás académicos su nombramiento. Estas mismas visitas ha de efectuarlas Emilio García-Gómez, el gran arabista, elegido a la vez que el señor Estrada. Juan Ignacio Luca de Tena, García-Gómez con el almirante en casa de don Eugenio, y este les presentó el uno al otro, pues no se conocían personalmente.

El profesor Carrón Aznar y el señor Aranguren también hallaban presentes, así como don Carlos Bosch y Joaquín Salvo Sotelo.

Asimismo, se encontraban otras distinguidas personalidades de las artes y las letras, y también elegantes damas.

MAURRAS ANTE SUS JUECES

METIDO dentro de su viejo abrigo parduzco que le semeja a un león, el director de «L'Action Française» comparece ante sus jueces. Lleva



Charles Maurras

la cabeza, y las manos, en bolsillos. Prendida en la cabeza brilla la «Francisque» blanca, decoración concedida por el mariscal Pétain.

La mayoría de los altos testigos citados por el fiscal no comparecieron. Tan sólo el académico, Paul Claudel, viene a declarar contra el «león monárquico». Ha llegado al momento de vengarse de los ataques que Maurras hizo

de la obra literaria y diplomática de Claudel.

Claudel hace su declaración con dureza y sin piedad alguna. Mientras habla, la mirada centelleante de Maurras está prendida de sus labios. Su absoluta sordera le impide oír lo que su compañero de Academia dice.

Cuando éste ha terminado, el abogado de Charles Maurras le entrega la declaración escrita de Claudel. Hay un silencio expectante.

—Es usted un falsario, señor Paul Claudel —exclama



Paul Claudel

Maurras—, ha mentado usted y voy a demandarle por calumniador.

El fiscal ha visto palidecer

JUECES

a Claudel y corre en su ayuda a grandes voces.

—Es usted un sofista, señor Charles Maurras, y...

Esta vez, Maurras ha oído muy bien. Se levanta rápido y no le deja terminar la frase.

—Dice usted que soy un sofista, señor fiscal, pero usted, justed es un bromista!

Y, por aquel día, se suspendió la sesión.

¿TRITON? ¡TRAITON!

LA escena, en el quiosco del andén de la estación de Gerona.

—¿Tiene usted «Lucky», señorita?

—«Lucky» no hay. Pero tengo «Traillon» —responde con sorna la señorita, pronunciando a la inglesa el nombre del tabaco «Triton» y separando bien las sílabas.

En Gerona afirman que el chiste débese a la señorita del quiosco de la estación. No importa. Lo cierto es —dice un amigo nuestro— que «Traillon» parece más fumable que el desgraciado «Triton».

Los devoradores de gorriones

ESTE año, los devoradores de gorriones, estos terribles ciudadanos que mascan los huesos de los pajarillos, se quedan amargamente: los cazadores furtivos acusan escasez de piezas, a pesar de los grandes fríos y nieves que sufrimos en enero. Ya comprenderá el lector que la peor eventualidad que puede ocurrir en la vida de un pajarillo es una nevada persistente y fuerte. El alimento desaparece. Los pájaros no mueren de frío; mueren de hambre. En tiempos de nieve no es raro ver caer a un pajarillo de la rama de un árbol sobre la blancura helada cuando el cuerpo yerto y rígido toca el suelo, se oye un ruido seco, como si cayera una piedra. ¡Triste!

Hay inviernos en que los pájaros son más abundantes que en otros. Me refiero no a los pájaros que van de paso y emigran, sino a los sedentarios. ¿Que significa este hecho que tantas personas han comprobado? Quiere decir quizá que los pájaros sedentarios —los gorriones, por ejemplo— realizan emigraciones locales, de alcance limitado, de alcance que no rebasa unas docenas de kilómetros por razones climatológicas, por ejemplo. De las emigraciones locales de los pájaros sedentarios, no se sabe absolutamente nada. Pero y de los pájaros, ¿qué sabemos?

Los pajarillos muertos, han subido pues de precio. El año pasado se pagaban a duro la docena. En las tabernas de los pueblos, un pequeño vaso de vino y un gorrion pasado por

tienen un punto de amargantillo.

No deja de ser un espectáculo desprovisto de sentimentalismo ver devorar gorriones por un ser humano. Se necesita, in-



la sartén, valía cinco reales. El gorrion era la tapa del vaso de vino. Parece además, que el año pasado, los pájaros eran exquisitos, muy sabrosos. Los conocedores, dicen este año, que

discutiblemente, una dentadura fuerte. A veces el pajarillo es tan pequeño que es absolutamente ilusorio separar los huesos de la carne. Así hay que mascar el animal entero y triturarlo con los dientes. Si el animal es tierno los huesos son quebradizos; de todas formas, puede escucharse siempre el «serie-cracs» característico de la rotura de los huesos. En determinadas circunstancias, estos ruidos pueden hasta llegar a poner la carne de gallina.

Sin embargo, uno piensa a veces si estos hombres primitivos —todavía quedan en el país— que se alimentan preponderantemente de gorriones, ranas, caracoles, mariscos, pulpos, erizos de mar, conejos, setas y beben malarratas a todo pasto, no son más felices que los que nos alimentamos de coliflor, espinacas, zanahorias, acelgas, merluzas evaporadas, naranjadas y agua con leche. ¿Qué estómago es el más adecuado a la presente época? El suyo o el nuestro?

El año pasado por esta época, al pasar por delante de la puerta entornada del comedor de un establecimiento, oí detrás de la puerta el «serie-cracs» característico de la rotura de huesos. Me quedé escuchando el ruido. En el comedor no había más que un hombre que mascaba gorriones mirando al techo y con la gorra puesta.



LA EXPOSICION, por Castonys

—¡Fantástico! Los efectos de luz son maravillosos.

Incógnitas despedidas en Yalta

EL amplio comunicado conjunto con que los estadistas reunidos en Crimea han terminado su conferencia, contribuye sin duda, de modo definitivo, a disipar la pesada atmósfera que la opinión venía respirando en los últimos tiempos. No otra cosa podía seguirse de la solemne ratificación de la Carta del Atlántico, en la parte que reconoce la libertad de cada pueblo a gobernarse a su modo; de la responsabilidad conjunta que, las Potencias por los firmantes representadas, adquieren, con vistas a normalizar el gobierno en los países que perdieron su soberanía, y de la invitación que cursan a Francia para que se les una en tal tarea; y de la anunciada conferencia para el próximo abril, en San Francisco de California, de la que saldrá una llamada a todas las naciones amantes de la paz, neutrales en primer término, a la obra de reconstrucción mundial.

Con esto parece claro que pasó a mejor vida el supuesto propósito de la división del mundo, o siquiera de Europa, en zonas de influencia o colonias. Más claramente: que en el duelo — por así llamarlo — nuevamente abierto entre Inglaterra y Rusia, parece haber prevalecido el punto de vista británico. Prevaleció, cuando se ha llegado a «un acuerdo acerca de la política común y de los planes para conseguir la rendición incondicional de Alemania, que por lo tanto no podrá ser obra de una parte sola.» Prevaleció, cuando se prevé la disolución de la clase militar alemana, esa aristocracia «junker» que — ante la próxima ruina del nazismo — pudiera haber sentido la veleidad de aliarse con el enemigo oriental, a expensas de Europa. Cuando se desautoriza al Comité de Lublin, obligándole a acoger en su seno a representantes del de Londres y del Ejército clandestino, y con el compromiso de ir a elecciones; y se exige a la Asamblea yugoslava de Liberación Nacional — hechura de Tito — a rectificar su política, y dar cabida en la misma a cuantos de los 360 miembros del antiguo Parlamento no hayan colaborado con el enemigo, al paso que se insta al propio Tito a que lleve inmediatamente a efecto el acuerdo firmado con Subasich. Si esto no es abrir el camino a los poderes legítimos, a la conservación del tradicional orden y equilibrio europeos, muy equivocados estaríamos.

En dos puntos no aparece clara la victoria de esos presupuestos: en las cuestiones balcánicas, sobre las que se ha pasado «revista general» (vamos, que no ha habido acuerdo), y en el problema de la delimitación de Polonia. La clara actitud británica ante los asuntos del Egeo y del Adriático no puede menos de hacer proceder con suma cautela a Rusia en lo tocante al Danubio y los Estrechos; pero mal iría si los instrumentos de acción conjunta establecidos por los aliados, el reforzamiento de la situación yugoslava y la cooperación de los neutrales no hicieron proceder, en esos ámbitos cardinales, al interés de Europa. Más espinosa parece la cuestión de las fronteras polacas. Pese al antiguo compromiso angloamericano de no admitir las modificaciones territoriales impuestas a Polonia con posterioridad a septiembre de 1939, los polacos se ven ahora en el disparadero de aceptar como frontera oriental la Línea Curzon, que los tres grandes consideran oportuna — si bien reconocen que Polonia debe recibir anexiones importantes al Norte y Oeste (Pomerania y Silesia) —. El Gobierno polaco será consultado acerca de la extensión de estas anexiones, que en todo caso no quedarán fijadas hasta la Conferencia de la paz. Y claro, de aquí a entonces... lo único cierto es que habrán perdido las regiones orientales o sea, la gran industria y cinco millones de habitantes. Es cierto que la línea Curzon no establece para quién serán Lwow y la Galizia; pero la discusión de punto de tan indudable interés sólo servirá para que Inglaterra posea una carta en el juego de arrancarse mutuas ventajas.

¿Cuáles son, con lo de Polonia, las ventajas obtenidas por Rusia? Pocas, sinceramente, para lo que alguien temía. La de influir sobre una Comisión, que se establecerá en Moscú, para las reparaciones a cargo de Alemania por los daños ocasionados en territorio extranjero. Si pensamos en lo que supone una Rusia europea reducida a pavesas y yermo, y seis u ocho millones de rusos muertos, bien se echa de ver cuán poco han de beneficiar a Rusia tales reparaciones.

El conflicto mundial

LA OFENSIVA CONCENTRICA CONTRA ALEMANIA

—¿CREE usted que hemos llegado a la fase final de la lucha contra Alemania?

—Probablemente, sí; pero la fase final puede aún ser bastante larga. La fuerza de resistencia de una nación como la alemana no es nada despreciable. Como la guerra no tiene reglas fijas, contrariamente al juego de ajedrez, no se puede prescribir cuándo tiene que darse por vencido un país. Supongamos que los rusos ocupen la capital del Reich, de la cual sólo les separa una distancia de una hora de viaje en un automóvil modesto, en este momento en que estamos hablando. ¿Sería el derrumbamiento final? No veo la razón. Si usted se acuerda de nuestras conversaciones, sabrá que siempre he sostenido la misma tesis. Nunca me he dejado impresionar demasiado por lo espectacular.

—Me acuerdo, efectivamente, y confieso que más de una vez creía que divagaba usted.

—Yo lo sé. Es la suerte de todos cuantos no nadamos con la corriente. Ustedes, que eran optimistas con respecto al Reich, confundían las apariencias con la realidad. Y ahora, cuando muchos amigos suyos abandonan a Alemania, yo me proclamo admirador de las virtudes de su pueblo. No hablo de un Partido, de una tendencia determinada, sino de la nación germana. Yo estimaba su esfuerzo el que más, y al hablar de la inutilidad de éste lo hacía, a menudo, con verdadero pesar. Hubiera merecido otra suerte... Bueno, no nos pongamos sentimentales y sigamos nuestra conversación serenamente. ¿Qué estábamos diciendo? Ah, sí, que los alemanes no podían vencer al mundo

Como no es precisamente ventaja — sino todo lo contrario, a poco que se reflexione — el que se llame a Francia a decidir, con los tres aliados, el sector alemán que pudiera controlar en la postguerra. Lo que, ni más ni menos, supondría la llegada hasta el Rin de las Potencias occidentales. Ventaja para Rusia pudiera ser la atribución de la Galizia polaca, por la que puede darse de mano con la industria de Checoslovaquia, la última gran industria que quede en pie en Europa. Mientras está fuera de duda que si Rusia — como se afirma en los círculos norteamericanos — ha prometido sumarse a los esfuerzos aliados para la derrota del Japón, el único resultado será aumentar la contribución de la que pudiera llamarse verdadera infantería de los anglosajones. En suma, que la situación de Rusia — desde Budapest al Oder — no era tan sonrosada como para imponer condiciones en la Conferencia de Yalta.

Queda, sin embargo, en pie y sin posible escamoteo la página negra de Polonia, donde las pretensiones rusas han triunfado, por encima de sus mejores esperanzas. Tomar la línea Curzon (que no fue más que el límite oriental del territorio étnicamente polaco puro, al que había de añadirse — según el propio político inglés — la mitad del de población mixta), tomar, pues, esa línea que jamás tuvo efectividad, como frontera ruso-polaca, supone acercarse sensiblemente a la línea Ribbentrop-Molotov: la misma que americanos e ingleses se negaron a reconocer en su día.

El observador imparcial dirá que es difícil hurtar a Rusia en el propio terreno que ocupa de hecho, y que constituye la plataforma para su ofensiva sobre Alemania, de máximo interés para todos. Más no por eso dejaremos de lamentar que las fuerzas del orden no hayan podido corroborar a la heroica nación polaca.

JUAN RAMON MASOLIVER

—Le hubiera aconsejado que no precipitara los acontecimientos, que no tuviera demasiada confianza en las intenciones de Moscú, que esperara algunos años hasta que pudiera disociar la coalición enemiga.

—Pero si el verano de 1939 parecía la mejor época para iniciar la ofensiva. No había que luchar en dos frentes; los norteamericanos se inclinaban hacia el aislamiento; los aliados no estaban armados. ¿Qué otra cosa hubiera podido esperar el Führer?

—Que estuviera fuerte por mar. Que Inglaterra se separara de Francia. Que los yanquis tuvieran un conflicto serio con los ingleses. ¡Qué sé yo! Todo esto parecerá absurdo, pero en todo caso menos absurdo que desencadenar una guerra en que sólo se podía perder, tras unos brillantes triunfos estériles. Yo le hubiera preguntado al Führer: «¿Está usted por mar — sí, por mar — más fuerte que los ingleses? ¿Sí? Muy bien; empiece la lucha, porque el triunfo será suyo. ¿No? Pues no ataque a Polonia, porque no se trata de una guerra germano-polaca, sino de una lucha entre Alemania y el mundo anglosajón, en que los recursos de la América toda entera estarán a la disposición de sus enemigos. Por Dios, no se deje deslumbrar por los primeros triunfos fáciles.»

—Hubiera sido la voz de la razón. Algo perogrullesco, pero...

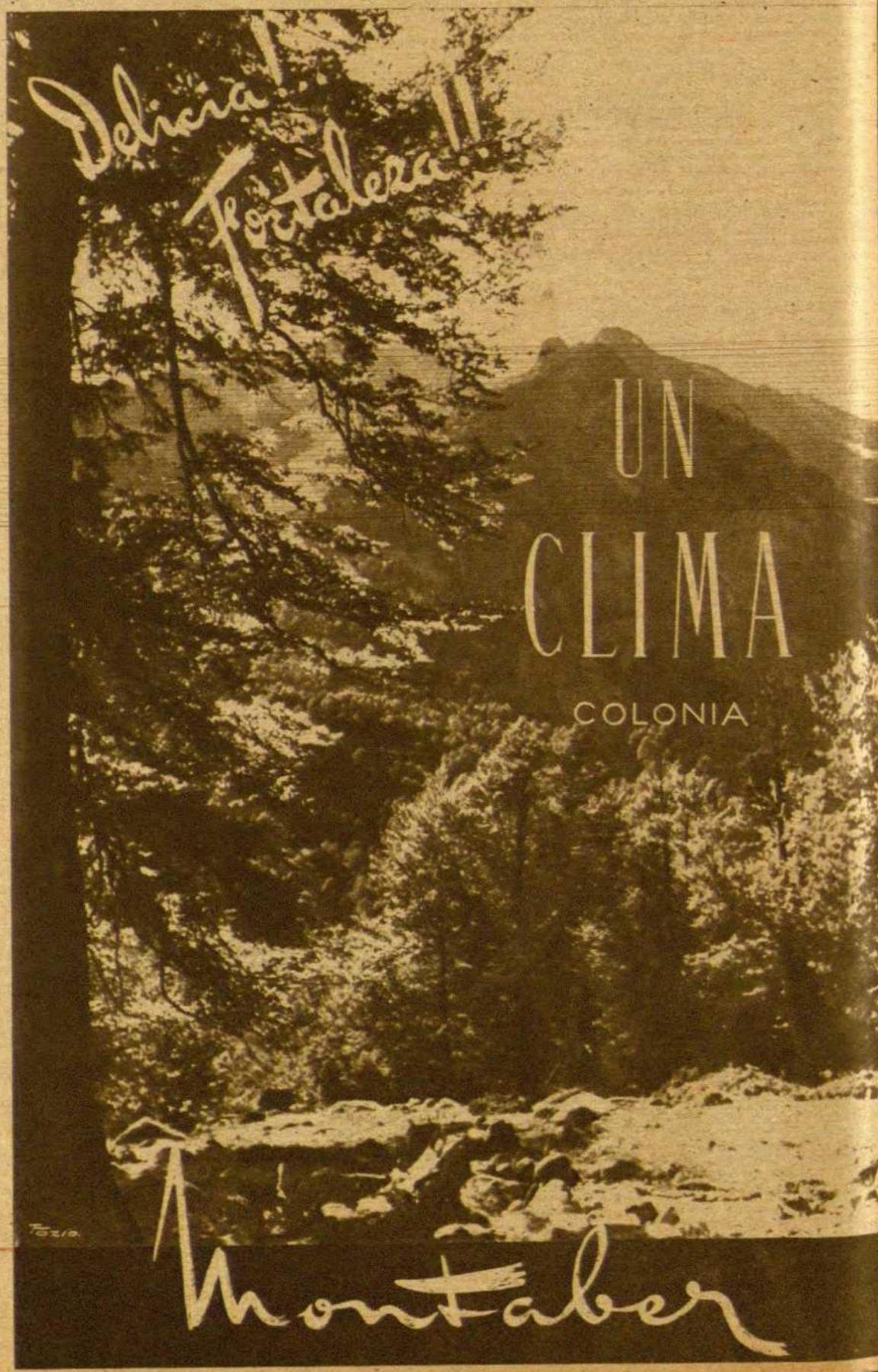
—Todas las grandes verdades son muy sencillas. Si no sé boxear, no debo buscar conflictos con un boxeador. Si no soy fuerte por mar, no debo ame-

termen con una gran Potencia esencialmente marítima. Hoy ya es tarde para consideraciones retrospectivas. Desgraciadamente. ¿Qué se puede hacer? Luchar para salvar el honor, para que no se pueda decir que los alemanos se han rendido sin haber llegado al último extremo de sus fuerzas. De los dos lados aprieta el enemigo; la ofensiva contra Alemania es ya concentrada. Causa realmente admiración que, en estos momentos los germanos hablen de lucha y no de paz. Himmler, dice, se encarga del mando directo de las fuerzas en el Este. Viejos y adolescentes de Volksturm se sacrifican ante la nieve y el fango. Es terrible... Pero todo antes que deponer las armas, aceptar las condiciones de los presuntos vencedores, que serían peores que la guerra.

—De modo que usted opina que la resistencia puede aun prolongarse.

—Seguramente. Millones de alemanos quedan todavía para la guerra. Si echásemos a los rusos, ya no habría soldados para defender Berlín y Rumania. Pero los hay. Y no sólo para defender el suelo patrio, sino también para proteger el valle del Po, la Croacia del Paglavnik, el oeste de Hungría, los países escandinavos e incluso varias ciudades del litoral atlántico, sin contar los vidarnos de las islas normandas. Por todo esto ya sólo puede conducir a un final grandioso, wagneriano, que ha estremecer al mundo.

ANDRES REVEZ



Sobre las crisis de régimen en Europa

LA acusación según la cual mientras Rusia conserva la institución monárquica en Rumania y Bulgaria — países un día satélites de Alemania —, los anglosajones ni por cortesía defienden a los fidelísimos Reyes de Grecia y Yugoslavia, ha quedado pulverizada. Gracias a los esfuerzos de los anglosajones, concretamente de Inglaterra, las coronas de Pedro II y de Jorge II, no han sido echadas al fango y son dignamente conservadas en suntuosas vitrinas, no en espera de que se hagan arqueológicas, sino de que en breve, por la gracia de Dios, puedan ser solemnemente restituidas a sus dueños. Es evidente el interés de Inglaterra por conservar el mayor número de tronos posible. En el misterioso viaje del Príncipe Orón de Habsburgo — viaje que no deja huellas — el mundo vió la mano del «foreign Office». Entretanto, Rusia, fingiendo una absoluta indiferencia por las formas de gobierno, si bien ha respetado en apariencia los tronos de Rumania y Bulgaria, tiene en Bucarest personas que mandan más que el Rey Miguel y, en Bulgaria, ha fusilado al Príncipe Cirilo, río del Rey Simeón, un niño de siete años. Sería pues tan inexacto como peligroso hacer frases sobre tan delicado asunto, insistiendo en que Rusia ha sido más respetuosa hacia unos tronos ayer enemigos que los anglosajones hacia los Reyes de Yugoslavia y Grecia, en todo momento aliadofilos.

Esta propaganda tiende a demostrar que a los Soviets les es indiferente la cuestión de régimen en los países llamados burgueses, suposición completamente falsa.

Lo que es evidente es que Inglaterra aspira a conservar el mayor número posible de monarquías en Europa. Va en este asunto su propia tranquilidad. Si el ciclón sólo respetara el Trono británico, la vieja Inglaterra sería como un reo en capilla. De esta actitud inglesa el cronista saca un argumento de autoridad a favor de su lema: «Quién tenga un Trono, por desvincjado que sea, procure conservarlo». En ciertas latitudes la República es un instrumento perfectamente apto para hacer la felicidad del pueblo. ¡Se vive tan bien en Suiza! En cambio, en otras latitudes — y esto Inglaterra no puede dejar de tenerlo presente — la República no sabe nunca ser moderada — detalle que también Rusia tiene presente. No hay actualmente en Europa ninguna monarquía que no sea políticamente progresiva: todos los Estados monárquicos europeos aceptan la colaboración socialista, empezando por Inglaterra. Es, en cambio, fácil vaticinar que en los Balcanes, una república helena, o una república de los Estados del Sur, significaría el fin de las libertades de derecho natural y la implantación de su substitutivo, la «libertad», prólogo de la soviétización definitiva, o sea de la negación de las libertades y de la libertad.

Es igualmente inexacto que Eu-

ropa se halle ante una crisis del régimen monárquico. Si es cierto que vacilan los Tronos de los Balcanes, no es menos cierto que se halla en peligro la independencia misma de Finlandia y Polonia, que los tres Estados republicanos bálticos han sido devorados por los Soviets y que la republicánísima Checoslovaquia no disfrutará de la misma independencia de antes. En Noruega, Holanda, Bélgica y Luxemburgo, el Trono fué el aglutinante de la resistencia contra el invasor. En Inglaterra, el Trono de los Windsor es la cla-

ve de bóveda de todas las virtudes nacionales, especialmente de ese coraje que le ha permitido no perder la serenidad ante las más tremendas pruebas. La presencia de la monarquía ha evitado hasta ahora que Yugoslavia y Grecia se convirtieran en repúblicas soviétizantes, o sea de Frente Popular. Y en Italia, gracias al resorte monárquico, se ha conseguido un habilísimo cambio de juego y evitar que la revolución tomara proporciones mucho más graves. No hay pues tal crisis monárquica en Europa, sino todo lo contrario: si algo se ha salvado, débese a las monarquías. Sin el resorte monárquico Bélgica estaría ya en poder de los comunistas.

En su «Enquête sur la monarchie», M. Charles Maurras, al analizar los contrafuertes del edificio monárquico hace una clara distinción entre los argumentos sentimentales y los argumentos prácticos. Sin embargo, todavía en aquella época, una gran parte de la opinión monárquica europea era movida por un sincero «sentimiento monárquico». En la actualidad el monarquismo sentimental es, en muchos países, una flor rara. En Inglaterra, país en donde el monarquismo sentimental es arraigadísimo, hay también numerosos monárquicos de conveniencia, y entre ellos debe contarse a la mayoría del Partido laborista: son los que sin



S. A. R. la Princesa Elizabeth, heredera del Trono inglés, coronel de la Real Guardia

emocionarse ante lo que podríamos llamar «la majestad de la realeza» desean un Estado sólido y progresivo, algo como una especie de seguro de vida, no una cosa a merced del huracán, sino un hogar susceptible de constantes mejoras y transmisible a los hijos. Esta discusión entre República y Monarquía sería ociosa si toda Europa fuera como Suiza, país que no rinde culto a la violencia, que respeta las opiniones ajenas y que ha llegado a un alto grado de educación política.

A propósito de Suiza. También esta admirable República sufre su

crisis. Pero, como en los otros países europeos, monárquicos o republicanos, el mal no es congénito, no radica en el sistema: la tempestad viene del exterior, montada y organizada desde Moscú, exactamente como en la monárquica Bélgica, etcétera.

No es pues cierto que exista una crisis monárquica, ni tampoco republicana, en Europa. Es Moscú quien ataca a todos los Gobiernos europeos. Antes fingía una absoluta indiferencia por todos los regímenes que el Kremlin califica de burgueses. Pero llegada la hora de la verdad, los dardos van contra las monarquías, sin duda, porque juzga que constituyen un baluarte mucho más sólido contra la tragicomedia de esa grotesca mezcla de burgueses y comunistas llamada Frente Popular.

Esta conversación con Manolo nos por nuestros artículos sobre el Papa y la paz del Papa.

—Te leo con inmenso gozo.

—No lo dudes, para ti escribo.

Después de cinco años de campañas sobre el mismo asunto, nadie nos había dicho tanto.

—Es sensible el público a tus campañas.

—Yo qué sé.

Y sin darnos tiempo para contemplar la segunda versión de la estatua del Buen Pastor — la primera está en Montserrat — destinada al amigo José María Cardona, Manolo empieza un tonitronante discurso sobre la guerra y la paz y sobre la paz del Papa.

—Esos mensajes del Papa los he leído más de siete veces. Los tengo todos. ¡Están tan llenos de cosas buenas! Nadie como el Papa defiende en este momento la libertad y el honor de los hombres y de los pueblos. A mi edad es imposible leer tonterías.

El discurso del gran artista, o del más internacional de nuestros artistas, es ilustrado con una lectura de poesías escritas por la misma mano que ha construido aquel admirable Buen Pastor. Mucho mejores que las del pintor Vlaminck, estos versos, escritos en catalán y en francés, y algunos también en castellano, son de una vivacidad tremenda. Y cuando una de esas poesías, escrita en otros tiempos, traduce un estado de escepticismo sobre el fin del hombre, Manolo pide excusas diciendo que esa poesía interpreta un estado de abatimiento, pero no de indiferencia ante esta cuestión trascendental.

Al levantarnos para inspeccionar la casa, Manolo hace constar que en la presidencia del comedor, al lado de la Santa Faz, de Bermejo, cuyo original está en el Museo de Vich, y de una fotografía de la Majestad, de Caldas, destruida por los incendiarios, hay el retrato del Papa. Del clavo que sostiene el cuadro cuelga una ramita de olivo — olivo pasado por la iglesia y bendito, dice Manolo —. Otro retrato del Papa, una pequeña estampa que ofrece otro aspecto del rostro del Pontífice, está puesto entre el cristal y el marco de la Santa Faz, de Bermejo.

—Nadie — dice Manolo — tiene en este momento la autoridad del Papa Pío XII. Y esta autoridad viene de Dios. No lo dudes, el partido del Papa y de la paz del Papa es cada día más fuerte.

El discurso de Manolo es típicamente suyo. Sin embargo, no habríamos imaginado a nuestro escultor convertido en lector de encíclicas y mensajes papales. Debe ser por esto, para que Manolo no tenga que conservar los mensajes pontificios en recortes de «La Vanguardia» que Editorial Surco acaba de publicar en un magnífico libro titulado «Problemas de la guerra y de la paz» los mensajes de Pío XII.

Esta conversación con Manolo

—Te leo con inmenso gozo.

—No lo dudes, para ti escribo.

Después de cinco años de campañas sobre el mismo asunto, nadie nos había dicho tanto.

—Es sensible el público a tus campañas.

—Yo qué sé.

Y sin darnos tiempo para contemplar la segunda versión de la estatua del Buen Pastor — la primera está en Montserrat — destinada al amigo José María Cardona, Manolo empieza un tonitronante discurso sobre la guerra y la paz y sobre la paz del Papa.

—Esos mensajes del Papa los he leído más de siete veces. Los tengo todos. ¡Están tan llenos de cosas buenas! Nadie como el Papa defiende en este momento la libertad y el honor de los hombres y de los pueblos. A mi edad es imposible leer tonterías.

El discurso del gran artista, o del más internacional de nuestros artistas, es ilustrado con una lectura de poesías escritas por la misma mano que ha construido aquel admirable Buen Pastor. Mucho mejores que las del pintor Vlaminck, estos versos, escritos en catalán y en francés, y algunos también en castellano, son de una vivacidad tremenda. Y cuando una de esas poesías, escrita en otros tiempos, traduce un estado de escepticismo sobre el fin del hombre, Manolo pide excusas diciendo que esa poesía interpreta un estado de abatimiento, pero no de indiferencia ante esta cuestión trascendental.

Al levantarnos para inspeccionar la casa, Manolo hace constar que en la presidencia del comedor, al lado de la Santa Faz, de Bermejo, cuyo original está en el Museo de Vich, y de una fotografía de la Majestad, de Caldas, destruida por los incendiarios, hay el retrato del Papa. Del clavo que sostiene el cuadro cuelga una ramita de olivo — olivo pasado por la iglesia y bendito, dice Manolo —. Otro retrato del Papa, una pequeña estampa que ofrece otro aspecto del rostro del Pontífice, está puesto entre el cristal y el marco de la Santa Faz, de Bermejo.

—Nadie — dice Manolo — tiene en este momento la autoridad del Papa Pío XII. Y esta autoridad viene de Dios. No lo dudes, el partido del Papa y de la paz del Papa es cada día más fuerte.

El discurso de Manolo es típicamente suyo. Sin embargo, no habríamos imaginado a nuestro escultor convertido en lector de encíclicas y mensajes papales. Debe ser por esto, para que Manolo no tenga que conservar los mensajes pontificios en recortes de «La Vanguardia» que Editorial Surco acaba de publicar en un magnífico libro titulado «Problemas de la guerra y de la paz» los mensajes de Pío XII.

Esta conversación con Manolo

Hugué indica que, realmente, el partido del Papa y de la paz del Papa es un gran partido. La Carta del Atlántico se ha ido a pique. Sus autores dicen que es una aspiración hacia una paz justa y hacia un mundo mejor. Pero los mensajes papales, mucho más generosos y mucho más detallados, no se convertirán en un trozo de papel. En uno de ellos, Pío XII pedía el concurso de todos los hombres de buena voluntad en esa obra de propaganda a favor de sus puntos de vista sobre la paz. Esa propaganda ha sido incesante y he aquí que existe hoy en el mundo entero el partido de la paz del Papa. La presión de este partido, en el que militan, por invitación de Pío XII, gentes de todas las confesiones, explica la inmensa autoridad de que goza el Sumo Pontífice y de que por el palacio apostólico desfilen políticos y diplomáticos de todos los países, excepto Rusia.

Tal vez dándose cuenta de esa autoridad del jefe de la Iglesia Católica, los Soviets se han decidido a restablecer con toda la antigua pompa la jerarquía de la Iglesia Ortodoxa. Pero no es probable que el Kremlin conceda ninguna autoridad moral al Patriarca de la Iglesia rusa. Ese patriarca será un instrumento político del Gobierno ruso, un agente de enlace en los países de religión ortodoxa.

Coincidiendo con la entronización del Patriarca de Moscú, Radio Moscú y toda la magníficamente orquestada Prensa rusa ataca al Vaticano y acusa de fascista a Pío XII. Es de esperar que por este camino S. S. Pío XII no tardará en ser presentado como un criminal de guerra. La propaganda de la «main tendue» a los católicos ha terminado. Hay algo que en este momento estorba los planes del Kremlin: es el partido del Papa, los puntos de vista de Pío XII sobre los problemas de la guerra y de la paz.

ARTICULOS SANITARIOS
S. A. R. E. C. CERDEÑA 201

CUARTO DE BAÑO completo desde 875-pts. Pida presupuesto. T. 51585

A-C-3

EL IMPERMEABILIZANTE PERFECTO QUE DESDE 1919 VIENE EMPLEÁNDOSE EN NORTEAMERICA CON CRECIENTE ÉXITO.

FABRICADO EN ESPAÑA POR
ARTCEMA C.ª L.ª
Av. JOSE ANTONIO 539 BARCELONA
SÓLICITE VD FOLLETOS DE NUESTROS PRODUCTOS

Cuanto de ameno y curioso se publica en en la Prensa del mundo puede leerlo en

MERIDIANO

Pregunte a quien la conozca

ARCAS Y BASCULAS

"SOLER"

DE MAXIMA GARANTIA

ALDANA 3 Y 5 TEL. 31853 BARCELONA (JUNTO TEATRO OLYMPIA)

MES

BLANCO

EN

EL SIGLO

LA TRAGEDIA DE LOS INTER-CAMBIOS DE POBLACION

por SANTIAGO NADAL

CORTAR EL NUDO GORDIANO

LOS siglos XVIII y XIX, y aun ya los anteriores empezaron con todos los defectos que se les pueda y quiera encontrar, ofrecen la indudable virtud de haber llegado a un estado político en el cual los insalvables diferencias existentes entre los hombres se resolvían por compromisos que no provocaban catástrofes o reacciones catastróficas. Nuestro siglo XX, que, sin embargo, muchos creen más progresivo, significa, en este orden de cosas, un retroceso terrible. Ya no se solucionan por inteligentes compromisos las pugnas y diferencias existentes entre razas y naciones — como se hizo, por ejemplo, en la Austria-Hungría de los Habsburgo — sino que se aspira a su solución radical y perpetua. El resultado está a la vista y hasta ahora no puede ser más lamentable.

Así sucede con las minorías de la Europa oriental y sudoriental, cuya mezcla y combinaciones inextricables había acreditado el talento de los viejos gobernantes para lograr que vivieran entre sí en paz y tranquilidad. Pero ahora no, ahora hay que establecer Estados puramente nacionales, eliminar peligros de guerra empezando por eliminar estos mosaicos que la Historia y la Geografía habían formado a través de los tiempos; en una palabra: cortar brutalmente el nudo gordiano en lugar de tratar, paciente, delicada y cuidadosamente, de desenlazarle sin cortar las cuerdas.

Y así ha surgido la idea — resucitada, mejor dicho, de tiempos antiguos — de trasladar en masa a los originarios de unos países o razas llevándolos al interior de las fronteras del Estado de cuyo pueblo son originarios. Pero como sus traslados al extranjero fueron realizados siglos ha, resulta que la verdadera patria de los trasladados es aquella que se ven obligados a abandonar; ello origina los terribles tragedias que es de suponer. Por ejemplo: los antepasados de los alemanes del Báltico que fueron llevados al Reich en 1941, se habían instalado en las actuales Estonia, Letonia o Lituania en la Edad Media. Los rumanos de Transilvania o los húngaros de la otra parte de aquella región estaban allí desde tiempos tan remotos que todavía discuten los historiadores si llegaron primero unos que otros y si unos son o no son los primitivos pobladores del país.

Sin embargo, el sistema de nudo gordiano de traslado de minorías parece que va a imperar en la Europa del futuro. Se supone que cincuenta millones de personas viven actualmente fuera de sus habituales residencias, por razón de evacuaciones, traslados forzados, campos de concentración, etc. Muchos de ellos, si sobreviven a la tragedia, habrán de resignarse a no volver a ver más la luz que vieron por primera vez ni los campos o ciudades en que vivieron hasta ahora.

Y A RAIZ DE LA GUERRA EUROPEA: ENTRE GRECIA Y TURQUIA

Los primeros traslados en masa de minorías se realizaron, en la Europa contemporánea, entre Grecia y Turquía. Y es lo cierto que allí, cualesquiera que fueran las tragedias y dramas personales a que la medida pudiera dar lugar, su resultado no ha sido malo, políticamente hablando.

Sabido es que después de la Guerra Europea los Aliados reconocieron a Grecia el dominio de una buena parte de Asia Menor. Al disponerse a tomar posesión del territorio, los griegos fueron derrotados por la nueva Turquía de Mustafá Kemal. (Por cierto que en dicha guerra el actual jefe del Estado turco, que se llamaba Ismet Pacha, ganó la batalla de Inonu, de la cual tomó el apellido, llegado el momento de aplicar la ley que ordena adoptarlo a los actuales turcos.) Consecuencia de la guerra turco-griega fué la paz de Lausana (24 de julio de 1924), que contenía varias convenciones acordadas a lo largo de las negociaciones. Entre éstas figuraba la del 30 de enero de 1923 referente al intercambio de minorías.

De acuerdo con aquel convenio, se dispuso que los griegos habitantes en territorio turco — excepto Constantinopla — y los turcos habitantes en territorio griego fueran intercambiados antes de 1.º de mayo de aquel año. Podían llevar consigo sus bienes muebles; en cuanto a los inmuebles serían tasados y pagados a sus hasta entonces propietarios. Grecia había suscrito, por su parte, un acuerdo parecido con Bulgaria para los búlgaros que

vivían en Macedonia y Tracia, regiones en las cuales, por lo demás, habitaban la mayor parte de los turcos canjeados. Así, pues, Grecia instaló en Macedonia y Tracia el 1.250.000 griegos que recibió (1.150.000 procedentes de Turquía y el resto de Bulgaria). Con ello — con la evacuación consiguiente de 300.000 turcos y búlgaros, punto importantísimo en estos momentos — las citadas regiones macedónica y tracia adquirieron una homogeneidad étnica griega que dificulta enormemente cuantas intrigas se estén fraguando en este momento respecto a ellos por búlgaros, rusos y yugoeslavos.

Decíamos que este intercambio había producido buenos resultados. Lo son, para Grecia, los que acabamos de aludir con referencia a la situación actual — aunque en ellos, por la presión rusa hacia el Sur, se manifieste lo inseguro de tales arreglos cuando contradicen ambiciones de Potencias fuertes —; y, en cuanto a las relaciones turco-griegas, los ha tenido asimismo, pues todo conflicto parece haber terminado entre los dos pueblos; bien es verdad que el más urgente peligro eslavavo actúa de eficaz salvaguardia de su inteligencia frente al riesgo común.

TAMBIEN RUMANIA Y HUNGRIA

Al convertirse en árbitro de la Europa sudoriental — gracias al hundimiento de Francia y a la amistad con Rusia — el Reich se encontró con un problema tan difícil de resolver con criterio nacionalista como la cuadratura del círculo: el de Transilvania. La amistad de Hungría, en efecto, le obligaba a complacer a este país devolviéndole aquella provincia constantemente llorada desde el momento de su pérdida. Pero, a la vez, la nueva amistad de Rumania, tan necesaria por el petróleo y su posición geográfica frente a Rusia y como llave de los Balcanes y desembocadura del Danubio, no le permitía disgustarla con una solución a rajatabla favorable a los húngaros. De ahí que en el segundo arbitraje de Viena (3 de agosto de 1940) se buscara una solución intermedia: dividir la región entre los dos países que se la disputaban. Con ello, en definitiva, lo que se consiguió fué disgustarlos a los dos.

Además, como sucede en todos los problemas de tal índole en aquella región, el tajo no pudo ser perfecto. A pesar de que se trató evidentemente de evitarlo — como puede comprobarse en el mapa — lo cierto es que quedaron rumanos en la zona cedida a Hungría y magiares en la parte que le restó a Rumania. Para éstos se previno, en el citado arbitraje, un período de seis meses de opción, tras el cual los que optaran por pasar a la otra zona tenían un año de tiempo para hacerlo. No se tienen datos sobre cuántos fueron los que prefirieron abandonar su patria chica en aras de la que estimaban su patria grande.

Un acuerdo parecido tuvo lugar entre Rumania y Bulgaria, el 7 de septiembre de 1940, para intercambiar minorías entre la Dobruja septentrional (rumana) y la meridional (búlgara). Se sabe que 62.056 búlgaros pasaron a Bulgaria, pero carecemos de datos respecto a los rumanos que marcharon a Rumania en virtud del convenio.

ALEMANIA, A LA CABEZA DE LOS TRASLADOS DE MINORIAS

Pero el país que, por su posición dominante en la Europa central en los últimos años ha realizado mayores cambios de minorías en toda ella ha sido Alemania. El hecho principal que, sin embargo, la llevó a atraer hacia su territorio a la mayor cantidad de minorías alemanas fué el por tantos motivos funesto pacto con Rusia de 23 de agosto de 1939. Aquel pacto sustituía el estado que pudieramos llamar «fluido» e intermediario de la Europa oriental y sudoriental por un ferreo reparto de zonas de influencia y por una rígida línea de demarcación. Así todos los alemanes que existían al Este de la misma fueron llevados a Reich para que todo ello quedara en manos exclusivamente rusas.

En diversas porciones de aquella parte de Europa existían colonias de origen alemán, principalmente instaladas allí en el siglo XVIII por los soberanos «ilustrados» de la época que los llamaban por su mayor capacidad de trabajo y organización. Entre las inmensas zonas eslavas o de otras razas, los pueblos «esajones», que así se les solía llamar, ofre-



con gran contraste incluso en sus estilos arquitectónicos. En cuanto a los alemanes del Báltico, sabido es que su origen más remoto se halla en los caballeros teutónicos y en los comerciantes de la Hansa. Pues bien, la retirada de estos alemanes constituyó una prueba tangible de que Alemania se disponía, en vista de su acuerdo con Rusia, a renunciar a toda influencia en aquella zona y a abandonar el tan cacareado «drang nach Osten». Todo el mundo recordará que la retirada de los alemanes de los Estados Bálticos precedió de poco tiempo a la invasión de los mismos por los rusos.

Importante capítulo de la absorción de minorías fué el acuerdo con Italia sobre la región llamada Alto Adigio por los italianos y Tirol meridional por los alemanes. Renunciando a reclamar el territorio, por causa de la amistad con su compañero de Eje, se convino con ella un intercambio que afectó a un número importante de personas. Y es lo notable que los que quedaron en el país fueron obligados por el Gobierno italiano a italianizar sus apellidos y trasladarse a Sicilia. A pesar de la «fraternal» amistad, Italia prefería no tener minorías alemanas en la frontera con el Reich.

La labor de absorción de alemanes del exterior dió lugar, en el año 1941, que fué, con mucho, el de máximo desarrollo de tal política, a la entrada de 751.460 personas en Alemania, repartidas en la siguiente forma:

Procedentes de Estonia y Letonia...	80.076
» Lituania	50.471
» Volinia, Galitzia y territorios del Narew	134.264
» Territorio de Kholm	30.495
» Besarabia y norte de Bucovina	136.989
» Dobruja y Bucovina del Sur	76.756
» Francia	6.096
» Provincia de Liubliana	15.800
» Bulgaria	423
» Servia	993
» Alto Adigio o Tirol meridional	219.094

POLONIA, «CORRIDA» HACIA EL OESTE, COMO QUIEN CAMBIA UN MUEBLE DE SITIO

No hay que decir cómo es grato a Rusia este sistema de los traslados de poblaciones. Se sabe que en el espacio oriental que sus ejércitos han conquistado se dispone a realizar cambios al lado de los cuales los que Alemania hizo en su día van a resultar un juego de niños. Por lo pronto se piensa en realizar un «corrimiento» general de Polonia hacia el Oeste, exactamente como si se tratara de cambiar un mueble de sitio. Los territorios que Polonia perderá en el Este le serán compensados con adquisiciones occidentales a costa de Alemania. Y los alemanes supervivientes de estas regiones serán entregados al Reich; en su lugar, ocupando sus casas y sus tierras, serán colocados los polacos, supervivientes también, procedentes de la parte de Polonia que Rusia se anexiona.

Ha habido otros cambios de poblaciones, pero han sido menos duraderos. El más destacado fué el de los franceses de Lorena, o quienes se les dió un plazo brevísimo para optar entre conservar la nacionalidad francesa y marcharse al interior de Francia, o quedarse y, en tal caso, convertirse en alemanes. En cuanto al futuro, seguramente se realizaron otros experimentos de esta categoría. Por ello, en vista de que la cosa va a estar seguramente de gran modo, vale la pena de haber dado un ligero repaso a lo que hasta ahora se lleva hecho en tan radical como inhumano procedimiento de «solución» de conflictos entre nacionalidades y razas. ¡Realmente no valía la pena de llegar al siglo XX para tales cosas!

DISCOS DE FRANCES

y de INGLÉS, con garantía BELPOST, Lauria, 98. Teléfono 75358. Barcelona

En el VI centenario de un prodigio

LA MISTERIOSA LUZ DE MANRESA

por JOSÉ ESTEBAN VILARÓ

*«Per la aygua que pasaba
En las terras del Bisbat
Ab gran entredit estab
Aquesta noble ciutat;
Set anys continuament
Dura semblant desventura
Fins que arribà la cura
De ma del Omnipotent.»*

(De los gozos de la Milagrosa Luz. Siglo XVII.)

El veintiuno de febrero del presente año conmemorase en Manresa el sexto centenario de la aparición de «la Misteriosa Luz», de cuya realidad, interpretada como símbolo, había de nacer el aliento propulsor del cual partirían la pujanza, la prosperidad, la riqueza, que la «Muy Noble, Muy Leal y Benéfica» ciudad del Cardener había de alcanzar en el futuro.

Nunca la tradición perpetuó la remembranza de un hecho de tanta trascendencia para una ciudad como el acontecido en la fecha que los manresanos han instituido como una segunda e irrenunciable Fiesta Mayor, festejada bajo el doble signo del agua y de la luz.

Nunca tampoco el esclarecimiento sobre la veracidad histórica de un suceso prodigioso indujo a tan profunda y extensa investigación y a tan encendidas polémicas.

Y es que la historia de la Misteriosa Luz de Manresa es la historia de un pleito. Un pleito vital de seis largos años entre una ciudad y un obispo, resuelto por la bondadosa y oportuna intervención de la Divina Providencia. Jamás pleito alguno fué fallado por tan egregio juez. Ni esta alta intercesión tan a fondo discutida y renovadamente impugnada después de algunas centurias, luego de haberla acatado la santidad de un Papa y la soberanía de un Rey.

No en vano jugó en el pleito el porvenir de una de las más bellas ciudades catalanas.

Pasemos la pluma a las crónicas, particularmente explícitas en el relato del pleito y de su extraordinaria y milagrosa conclusión.

UN PERIODO DE SEQUIA

En 1337 la falta prolongada de lluvias en el llano de Bages sumió a los campos y tierras de la comarca en la esterilidad y en la miseria. Los honorables «Concellers» de Manresa, a instancias del ilustre Paborde de la Seo, acordaron, en fecha 22 de marzo de aquel año, la realización de una romería de la población manresana a Montserrat en suplica de misericordia ante la calamidad pública que la sequía representaba.

El 25 del mismo mes tuvo lugar la visita colectiva a la famosa Virgen. Pero altos e inescrutables designios ponían a prueba la ecuanimidad y el temple de los manresanos durante dos años exhaustivos. La sequía continuaba, producía estragos. La miseria ensombreció el campo y de la ciudad. Muchos nativos abandonaron casa y hacienda. Inicióse la emigración.

Los «Concellers», Jurados y hombres de la Universidad de Manresa decidieron proyectar, vista la gravedad de la situación, el trazado de una acequia que condujera las aguas del Llobregat a las tierras de la comarca.

El Rey Pedro III de Cataluña y IV de Aragón concedía, por Real Carta fechada en Barcelona el 23 de agosto de 1339, el privilegio de construcción de la aludida acequia, con expresa obligación de satisfacer los daños y perjuicios que la obra ocasionaría.

Empezó la construcción del canal desde Balsereny a Manresa. Pero las dificultades de tal empresa iban a poner nuevamente a prueba la cristiana resignación y el abnegado esfuerzo de los manresanos.

EL PLEITO

Apenas alcanzaron las obras el término de Sallent, vieron los constructores sorprendidos por la llegada inesperada de un delegado del Obispo de Vich, Andrés Saclosa, cuyo enviado venía a protestar por la invasión de aquellas tierras y la destrucción de predios pertenecientes a la exclusiva propiedad, señorío alodial y jurisdicción de la Mitra de Vich.

Demasiado vital considerábase el objetivo perseguido para que los ejecutantes de la obra que había merecido la anuencia real acataran seguidamente un veto factible de solución ulterior. Los trabajos de la acequia siguieron adelante. Se transgredió la prohibición episcopal.

EL CONFLICTO

Aconteció entonces el conflicto bajo el doble aspecto: espiritual y material. El desobedecido Obispo declaró incursos en las penas de «Interdicto» y de excomunión a los obreros de la obra, y los «Concellers» promotores de la misma y a la ciudad, que los respaldaba. La actitud de la Mitra engalló a algunos señores feudales de tierras enclavadas en los términos fuera de la comarca, que el canal de la acequia debía atravesar. De consuno con los pretendidos damnificados y acudillando a gentes de pueblos circundantes, lanzáronse a la destrucción de partes considerables del canal. Creíase con esta acción negativa defender los fondos ubicados en el trayecto. Los manresanos vieron así su empresa deslabonada, su inicial trabajo deruido. Compungidos por semejante contratiempo y por la pena de excomunión que sobre ellos pesaba, suspendieron las obras y resignáronse una vez más a su gran desventura.

Empezó a la sazón para Manresa un periodo de malestar. Los ciudadanos inculcaban de desidia e impericia a los «Concellers», exigiendo la reanudación de las obras. Manresa quedaba exulcerada, casi exánime. Seis largos y penosos años transcurrieron. Volvieron a emigrar familias enteras.

Llegadas las cosas a este extremo límite, acordaron los «Concellers» enviar un emisario al Rey, al Obispo de Vich y a otras personalidades influyentes. En el mensaje se deprecaba una revisión del caso; al objeto de poner término a las penalidades de todo orden sufridas por la población y con el fin de solucionar un conflicto que amenazaba la paz de la ciudad.

La gestión llevóse a cabo en los primeros días de febrero de 1345. Y, mientras la ciudad esperaba el resultado de la gestión de sus enviados, aconteció el pródigo suceso que, por la significación unánimemente atribuida al prodigio desde su principio, iba a resolver definitivamente en favor de Manresa el espinoso pleito.



Una bella silueta de la ciudad de Manresa

EL HECHO

En un pergamino del siglo XIV, en los primeros folios del libro de la Cofradía de la Santísima Trinidad, conservados ambos documentos en el Archivo municipal de Manresa, puede leerse una acta en ellos transcrita relatando el prodigio de la siguiente forma:

El lunes 21 de febrero del año de 1345, algunas de las personas que encontrábase en la iglesia conventual del Carmen, cerca del altar de la Santísima Trinidad, después de la salida del sol, percibieron una llama o signo fulgente parecido a una estrella, la cual, saliendo de la capilla, ascendió lentamente hasta la bóveda. Las personas presentes, a la vista de tal signo prodigioso, precipitáronse al contiguo convento para contar a los monjes carmelitas lo que acababan de presenciar. Sonó el tañido de la hasta, entonces muda campana mayor, de dicha iglesia. Los frailes, personados ante el altar de la Virgen, cantaron la Salve Regina acom-

pañados por más de trescientas personas, testigos unas del suceso, acudidas otras al toque de campana. Mientras unos creían y otros dudaban, fueron los frailes en procesión hacia el altar de la Santísima Trinidad entonando cánticos; y entonces vieron en la bóveda de aquella capilla el signo o prodigio públicamente manifestado. La luz clara y luminosa descendió pausadamente sobre el altar, ascendió de nuevo hasta colocarse bajo el ábside del altar mayor, descomponiéndose en este momento en tres globos de luz, dos de los cuales fueron a situar encima de los altares de la Santa Cruz y de San Salvador, respectivamente. Los tres signos luminosos volvieron a reunirse en un solo haz y el fenómeno luminoso desapareció por la abertura del rosetón de la fachada principal.

LA PAZ

Informado, entretanto, el Obispo de Vich del estado angustioso de la población, dispónase a considerar nuevamente las penas infligidas a los manresanos, cuando fué enterado por un mensajero de la ciudad de las particularidades del hecho prodigioso, interpretándolo como un indeleble signo de redención de aquellas penas y símbolo precursor de paz.

La clemencia y el perdón del prelado hicieron revocar en el acto el «entredicho» y la excomunión. La noticia fué recibida por los habitantes de la comarca con jubilosas muestras de alegría. El obispo Saclosa no pudo realizar aquella revocación más que verbalmente, puesto que murió poco después de la misteriosa Aparición luminica.

Fuó su sucesor, Miguel de Risomá, quien zanjó la cuestión en forma legal y definitiva. Firmóse acta de concordia el 13 de las Calendas de diciembre, o sea el 19 de noviem-



Altar mayor de la iglesia de Nuestra Señora del Carmen, sobre el que se manifestó la «Misteriosa Luz»

grandecióse a través de los años hasta convertirse en la prestigiosa capitalidad comarcal de nuestros días.

Desde 1347, se conmemora aquel acontecimiento que tan gratas consecuencias tuvo. En aquel año fué erigida canónicamente la hoy antiquísima «Cofradía de la Santísima Trinidad», conservadora piadosa de esta tradición rememoradora.

IMPUGNACIONES

Epocas hubo, empero, en que las ventoleras del sectarismo pretendieron derruir una creencia y desprestigiar tan arraigada tradición.

Las polémicas suscitadas en torno al suceso y a su relación con el pleito de la acequia, fueron numerosas y acaloradas. Se pretendió negar el fenómeno luminoso, más no las consecuencias que el hecho — verídico o imaginado — tuvo felizmente para el llano de Bages. Del acalorado debate, en varias ocasiones renovado, afloró a la superficie «la Luz», con un resplandor de veracidad inconcusa. Su fulgencia parece haber ya debelado definitivamente a sus acérrimos impugnadores.

El fundamento histórico del hecho queda suficientemente fijado en el dictamen emitido por la solvencia incontestable de tres firmas rectoras en los estudios paleográficos. En dicho dictamen se declara pertenecer indubitablemente al siglo XIV, la primera hoja hallada del libro de la Cofradía, cuyo manuscrito atestigua por transcripción de una acta notarial, extendida por el escribano público Pedro de Ballsola el día 13 de marzo de 1345, a requerimiento del padre prior del Convento del Carmen, el hecho de la aparición de la Misteriosa Luz.

Esta autenticidad del testimonio fue aserverada irrefutablemente por tan conspicuos investigadores como el director del Archivo del Monasterio de Montserrat, padre Anselmo María Albareda, actual prefecto de la Biblioteca del Vaticano, el historiador manresano Leoncio Soler y March, archivero municipal, y el director del Archivo de la Corona de Aragón, Fernando Valls y Taberner. Esta certificación — verdadero privilegio en hechos de este género — zanjó una polémica hipercrítica que amenazaba enrazer la atmósfera de una conmemoración por todos festejada.

«DE MONTSERRAT, CERTAMENT»

El suceso llegó hasta nuestros cotáneos arrebujaado con los velos de la mística y de la poesía popular. Una leyenda describe la misteriosa Luz viniendo de Montserrat; partiendo nuevamente hacia la abrupta morada de «la Moreneta», después de manifestar el símbolo de la Augusta Trinidad.

*de Montserrat, certament
partí tan alta ventura
perquè la Verge procura
siempre lo bé de la gent*

Es una bella leyenda. Nadie la toque. El hecho oscuro, sin la sombra inductora de la Virgen catalana, se nos antojaría a los hijos de esta tierra como un suceso un poco márido, prisionero del enjuto prosaísmo de la Historia.

CALENDARIO SIN FECHAS

por JOSE PLA

HUELE QUE HUELE. — Subía hace pocos días las escaleras de una grande y moderna casa de pisos de Barcelona, muy aparatosa, con los consabidos mármoles, bronce y toda la fastuosa quincallería cara. Así, pues, iba subiendo la escalera, ahora un paso, ahora otro paso. Al pasar por delante de la puerta del principal, se sintió una pituitaria invadida por un relente de coliflor que casi hacía volver la cara. Dije in mente:

—En esta casa están hirviendo la coliflor para la cena. Debe ser piso de mucha gente, están hirviendo una gran cantidad de coliflor porque la verdura está perpetrando un acto de presencia voluminoso y considerable.

La hora era la apropiada. Las ocho. Hora en que hay que poner la verdura al fuego para la cena inmediata.

En el piso primero había en la puerta una placa dorada. Algo relacionado con la agronomía, organismo oficial. En aquella hora ya no había nadie y el piso no olía a nada, era perfectamente inodoro. Llegaba, cierto, hasta su rellano, la columna de gases de coliflor que subía desde el piso de abajo. Esta emanación cubría como un manto el piso en aquel momento deshabitado.

En el siguiente, los gases tenían otro origen. Provenían de las coles que en el segundo piso estaban hirviendo, para poner, bajo la lámpara familiar, la conocida col y patata. En la puerta había también una placa, no tan grande como la de abajo. Un nombre, y a renglón seguido: «abogado». Pensé:

—El señor abogado y su respetable familia comerán hoy la col y patata. Es buen entrante por la noche. Entrante sano y saludable. ¡Qué enormes cantidades de verdura se comen hoy en el mundo! Se están llevando a la práctica todos los sueños de los reformadores sociales. Si los hombres y las mujeres no aprovechan las actuales circunstancias, la presente preponderancia vegetaria para volverse buenas personas, más sencillas, puras y delicadas, darán muestra de una ingratitud imperdonable.

Lo que sucede, sin embargo —me dije luego y después de una ligera pausa—, lo que sucede es que atravesar estos relentes tan densos es cosa muy dura de pelar y bastante desagradable. Estas emanaciones vegetales adolecen de una excesiva publicidad. Su tendencia a salir de casa es casi escandalosa, revoltante. La pituitaria es, al parecer, un órgano sensorial de tendencia monográfica. Si todo fuesen gases de coliflor, pase. Si todo fuese col, pase igualmente. Pero el sufrimiento empieza cuando se mezcla la col a la coliflor y la coliflor a la col, sea o no valenciana. Entonces el órgano sufre que da lástima.

En el piso inmediatamente superior freían pescado. No se oía desde luego nada. Pero freían pescado porque el olor que emanaba la sartén colocada en algún lugar de la casa era insostenible. ¡Curiosa la fuerza de los gases vegetales para atravesar puertas, intersticios y ventanas! Desde luego, los perfumes de París, que ahora se hacen aquí, no tienen ni de mucho tanta fuerza, y esto que cuestan mucho más caros. El hedor del aceite me engolfó otra vez en mi diálogo amargo.

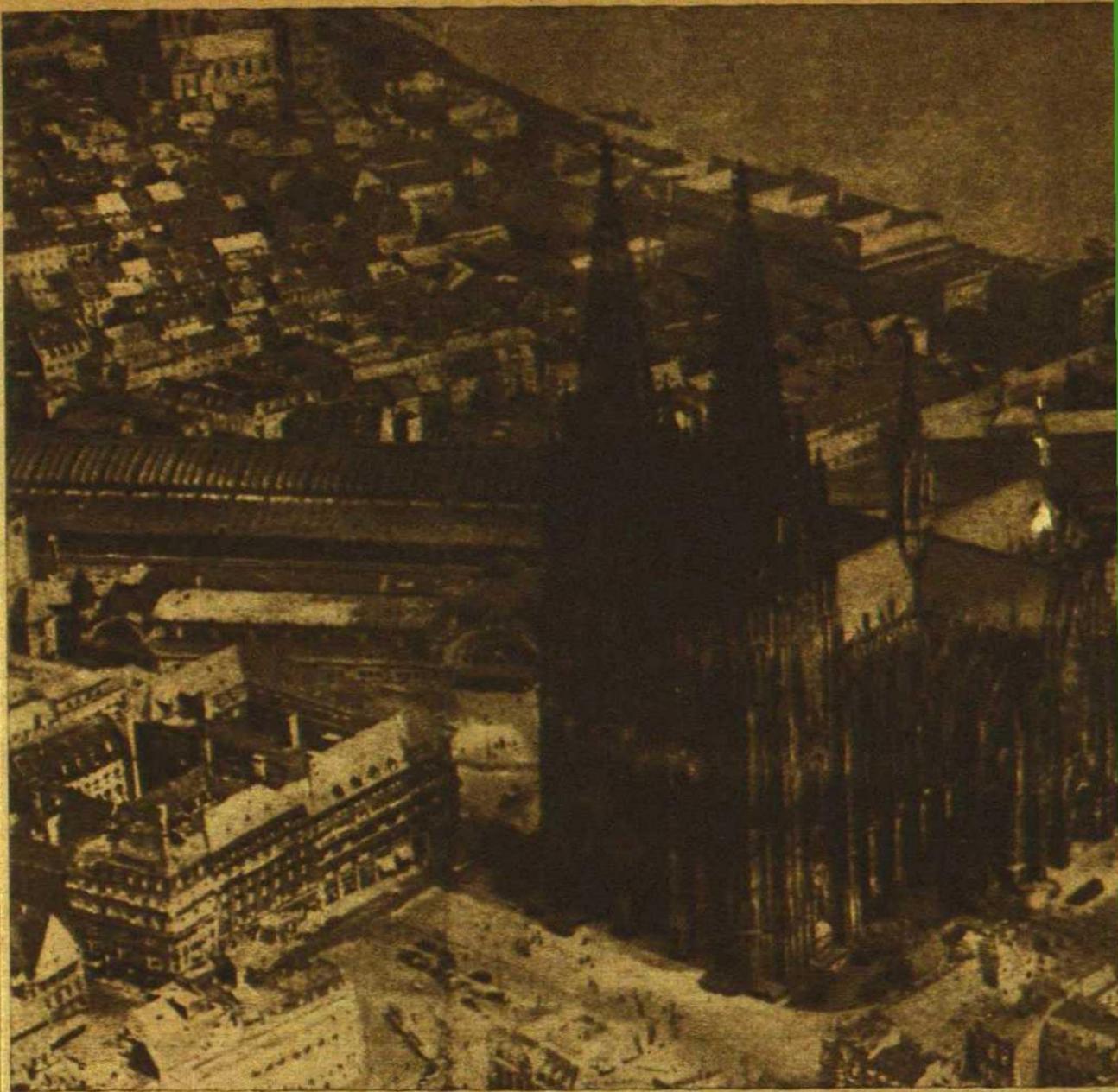
—Aquí —me dije— frien pescado. No hay p.aca. Probablemente son personas de renta, quizás propietarios rurales. A los del interior les gusta el pescado; a nosotros de marina, nos gusta la carne y los dulces. Desde luego, y por una u otra razón, deben ser gente notable. Los médicos ahora recetan por la noche verduritas, tontericillas, inyecciones, aguas hervidas y mucha calma. Y éstos comerán la caballa o la sardina frita —probablemente de La Escala—. El golfo está otra vez lleno de pescado. ¡Qué espectáculo maravilloso ver a las ocho de la mañana mil seiscientas cajas de sardina en la playa de La Escala!

Procuraba distraerme, como ve el lector, pero el relente del aceite me ahogaba. Los viajeros extranjeros venidos a España en todas las épocas, nos han hecho mucho daño. Esto lo sabe mi querido amigo el señor Bolín, director del Turismo, que ha leído sus textos como nadie. En un punto han tenido razón estos viajeros: y es en comprobar el olor infecto, insostenible del aceite pútrido en nuestras ciudades. Durante siglos, nuestras casas han tenido una puerta más difícil de traspasar que las puertas reales: ha sido el relente de aceite, de la cocina de aceite malo que ha salido de los portales. Sin embargo, yo me preció de haber formado parte de una generación que no ha conocido estas emanaciones infernales. Para nosotros estos hedores datan. ¡Cuánto y cuánto había mejorado el país! En Cataluña, en las grandes ciudades españolas el aceite había llegado a ser ya, después de tantos siglos de incompetencia e ignorancia, algo tan dulce, que no daba siquiera señales de su presencia. ¡Y vuelta a las andadas! Ha habido momentos, en los últimos años, que Barcelona ha hedido a aceite malo de arriba a abajo, de San Martín a Sans, de Horta a Montjuich.

Subí al tercero y me encontré con las acelgas. Hervían acelgas. ¡Excelente verdura, la acelga! Predispone al sueño, tiene grandes cantidades de hierro —sería exagerado no consignarlo— y es antipasional. Los gases que emite la acelga no tienen ni el volumen ni la capacidad ofensiva de la encantadora coliflor, de las modestas coles. Pero producen un cierto gas insidioso y retorcido que en cierta manera penetra en los entresijos del alma, algo de la vegetación primigenia, de la remotísima primera pasta vegetal. Sin duda por estas razones es considerada, en la vida familiar, algo absolutamente indispensable.

Y ahora ha llegado el momento de hacer una pequeña declaración: Sería totalmente desplazado suponer que el vacilante monólogo que contiene este artículo tiene alguna intención contraria a los del principal, por el hecho de haber puesto coliflor para cenar, ni a los que comieron col y patata. Sería igualmente absurdo suponer que mi monólogo roza en nada las costumbres de los del segundo, que aquella noche comieron el sabroso pescado frito y con los del tercero, que atacaron las salubres, aunque algo insípidas, acelgas. No. Ninguno de los honorables ciudadanos que habitan aquella estúpida y pretenciosa mansión tienen la culpa de que las vitualias que tienen en el fogón emitan gases de una expansividad notoriamente exagerada. Ni ellos trataron de molestarme a mí, simple pasante de su escalera de mármol, ni yo trato de molestarles recordando el relente que se filtraba por sus puertas herméticamente cerradas.

Lo que en todo caso es literalmente escandaloso es que los arquitectos de este país no sólo construyan casas de exterior harrisono y de interior manicomial, sino que obliguen a las personas que por una u otra razón han de subir sus escaleras, a participar despiadadamente de la intimidad de los hogares que afluyen al mármol y aparatoso paso.



El mariscal Montgomery, a cuyo mando están la mayor parte de los ejércitos angloamericanos que han irrumpido en las últimas defensas alemanas en esta fase resolutiva de la guerra

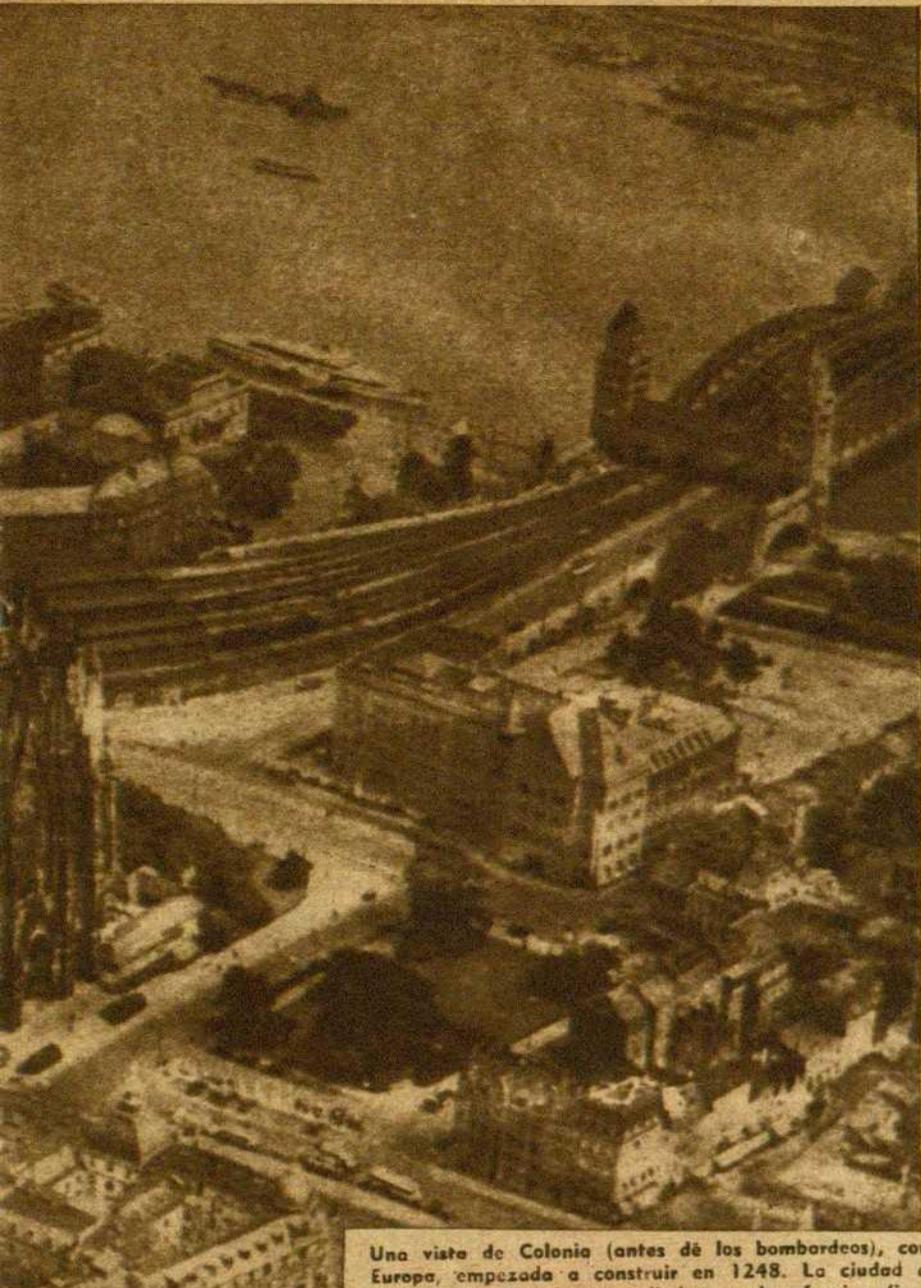
Ediciones DESTINO

S. L.

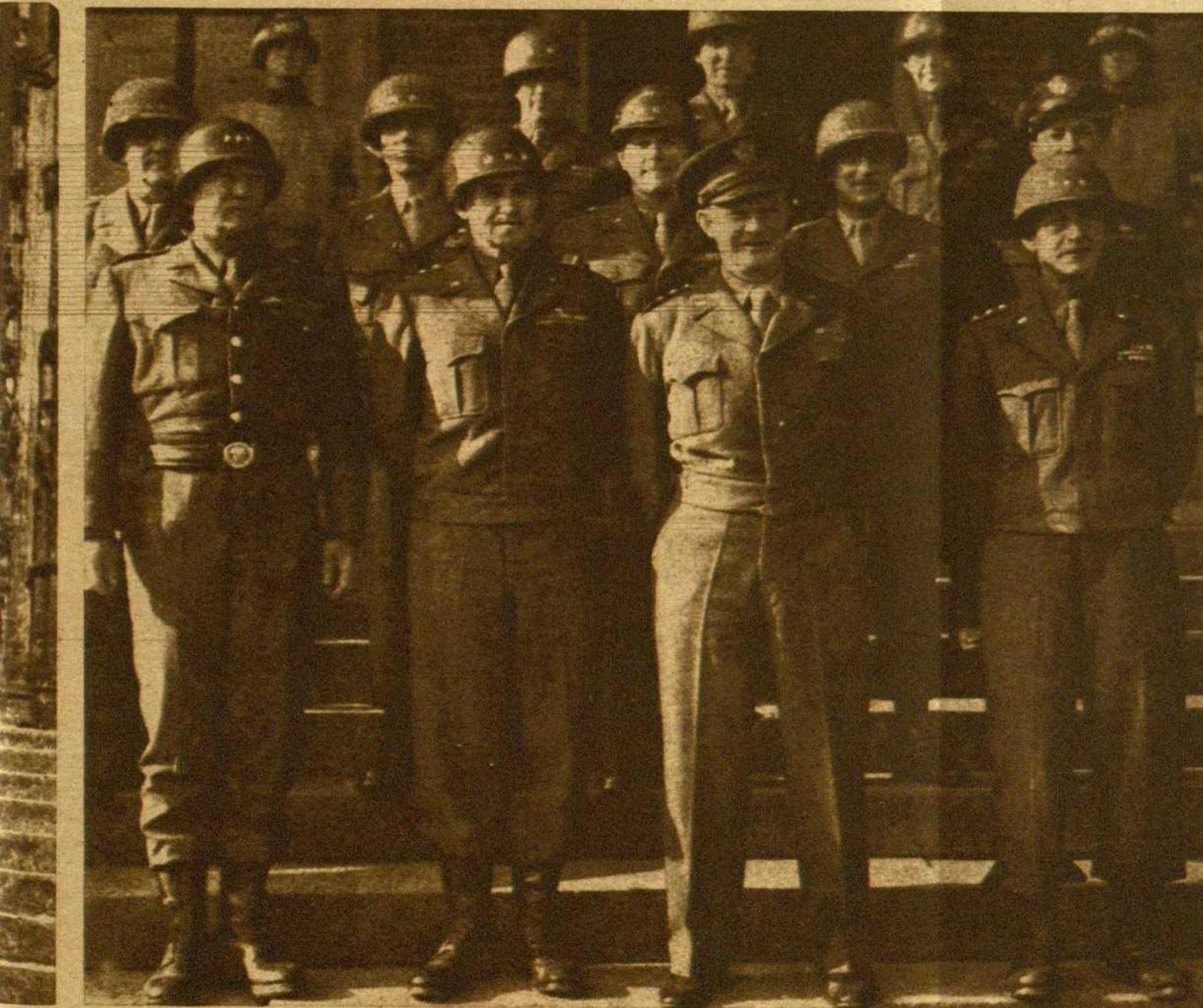
En la Colección
«Ancora y Delfín»
encontrará usted
siempre los
mejores autores
nacionales y
extranjeros

OBRAS PUBLICADAS:

- N.º 1. — CAVILAR Y CONTAR. — Azorin.
- N.º 2. — CUMBRES BORRASCOSAS. — Emily Brontë.
- N.º 3. — VIAJE EN AUTOBUS. — José Plá.
- N.º 4. — CARTAS A MI NOVIA Y ESPOSA. — Príncipe Bismarck.
- N.º 5. — LA FUGITIVA. — Milli Dandolo.
- N.º 6. — LA NOVIA DE LAMMERMOOR. — Walter Scott.
- N.º 7. — HUMOR HONESTO Y VAGO. — José Plá.
- N.º 8. — EL HERMANO DE LA COSTA. — Joseph Conrad.
- N.º 9. — LA HONORABLE JIRA CAMPESTRE. — Tomás Raucat.
- N.º 10. — EL MARAVILLOSO DESEMBARCO DE LOS GRIEGOS EN AMPURIAS. — M. Brunet.
- N.º 11. — EL DESAFIO. — A. Chejov.
- N.º 12. — EL ENGAÑO A LOS OJOS. — G. Díaz-Plaja.
- N.º 13. — HURACAN EN JAMAICA. — Richard Hughes.
- N.º 14. — AVENTURAS DE BARRY LYNDON. — W. Thackeray.
- N.º 15. — ANGELICA. — Frank Thiess.
- N.º 16. — EL DOCTOR MARI-GOLD. — Charles Dickens.
- N.º 17. — EL SEGRETO DE EFFI BRIEST. — Theodoro Fontane.
- N.º 18. — FLUSH. — Virginia Woolf.
- N.º 19. — LA ISLA SIN AURORA. — Azorin.
- N.º 20. — EL DIFUNTO SEÑOR DUQUE. — Paul Morand.
- N.º 21. — EL PINTOR JOAQUIN MIR. — José Plá.
- N.º 22. — LAS CUATRO ESTACIONES. — José María Junoy.
- N.º 23. — FREYA, LA DE LAS SIETE ISLAS. — Joseph Conrad.
- N.º 24. — MARIONA REBULL. — Ignacio Agustí.
- N.º 25. — BERNARDO QUESNAY. — André Maurois.



Una vista de Colonia (antes de los bombardeos), con su famosa Catedral gótica, una de las más bellas de Europa, empezada a construir en 1248. La ciudad del Rin, hoy casi del todo destruida, es uno de los primeros objetivos de las fuerzas aliadas en la ofensiva final hacia el corazón de Alemania. A la derecha: El monumento a Bismarck, en Colonia, en memoria de la victoria de 1870, que tomó a Francia la Alsacia y la Lorena



El general Eisenhower (en el centro), jefe supremo aliado en Occidente, acompañado de sus más importantes generales. En primera fila, de izquierda a derecha, vemos a los generales Patton, Bradley y Hodges

ACTOR JOVEN Y AMIGO VIEJO LA FALSA JUMERA DE VICO

EN torno a la interpretación que Antonio Vico da al segundo acto de «Todo Madrid», ha agotado la crítica su capacidad de hiperbole. Realmente, pocas veces hemos visto en las tablas una «curda» tan matizada, de tan convincente apariencia. El éxito del actor es explicable y merecido.

La escena es difícil, y no precisamente por lo que puede suponer el espectador. Difícil, porque el comediante, que es hombre que sabe pimplar con gusto y regalo, se ve obligado a ingerir un brevaie infernal que, al alternar con las aceitunas, le destroza el estómago.

Generoso — y algo resentido —, nos brinda Vico la fórmula de ese vino del teatro:

Jarabe de agroz y agua de Salares. Pruebenlo ustedes...

Luego, escapa hacia el camarín,



Antonio Vico

para beber de veras. Para rescabarse del mal rato echando un trago del auténtico vino, rubio y perlero.

Ese camarín del Comedia que el artista ha convertido en hogar. Incluso con su máquina de escribir y su aparato de radio.

—Una pasa tantas horas aquí dentro. — comenta Vico —. Únicamente con una vocación como la nuestra es posible dedicarse a algo tan duro como el teatro.

DEPENDIENTE EN LA RAMBLA

Vocación, la tiene Vico y por arrobas. Vocación que arrolló los infinitos obstáculos colocados en su camino por la prudencia paternal.

Por imperativo familiar, Vico no debía ser actor, sino comerciante. Debutó de hortera en un almacén de paños que aun existe, en un principal de la Rambla de las Flores. Un almacén con unos ventanales enormes, cuyos cristales tenía que limpiar diariamente el mancebo. Todavía hoy, al deambular por la Rambla, levanta Vico los ojos hacia las ventanas de su antiguo burgués y, recordando los zorros, se estremece.

Para todas sus ilusiones estaban, entonces, cifradas ya en la escena, a la que sólo se había asomado en calidad de traspunte de una compañía paterna. Hasta que un día, doña Concha Catalá, en el viejo Doré, necesitaba un galancete. Y allí se fue Vico, a ganar el primer sueldo artístico y a hacerse aplaudir.

El encono de su progenitor hubiera descargado en debeladora tormenta de no actuar de pararrayos don Enrique Borrás, que recabó, y obtuvo, el asenso familiar para que «Antoñito» fuera comediante. Murió el «saltataulells» y surgió el actor. Mercurio perdió una mediocridad, mientras Talía abría los brazos para estrechar a uno de los elegidos.

A LA BUSCA DEL TIEMPO PERDIDO

No es resultado del azar el que Vico saliera a escena por primera vez en Barcelona. Si no es paisano nuestro por los cuatro costados, lo es, a lo menos, por tres. Si nació en Santiago de Chile fué, en cambio, sacado de pila en la iglesia de Jesús, de Gracia. Sus padres quisieron que las aguas bautismales fueran españolas. A los dos años, y andando de la mano del padrino, «Antoñito» fué a recibir el sacramento.

Gracia y Antonio Vico están ligados, todavía, por otras ataduras sentimentales no menos importantes.

La parroquia de Jesús fué también escenario de su boda con la actriz Carmen Carbonell. Y de salvación fueron para Vico las tablas de un teatrillo no muy

distante, en la Travesera, donde lle-
nó algunos veranos que se presentaban económicamente pavorosos.

¿Qué tiene de raro, pues, que Vico se sienta tan barcelonés como el primero? Aquí tiene amistades fraternales que, todos los años, le aguardan ya al descenso del tren. Con ellos, rememora las noches del «Refectorium» y del Principal Palace, los años de oro del Llano del Teatro y de la calle Nuevo, cuando un duro en el bolsillo de un mozo era un capital incalculable.

De los tiempos aquellos, junto con el mejor de los recuerdos, conserva Vico el hábito de trasnochar. ¡Ah, si na fuera por la necesidad de hacer comedia todos los días!

LOS HIJOS INDOCILES

Pero el teatro está reñido con el parrandeo. Sobre todo, cuando se es miembro responsable de una compañía cual la de «los ases», que tiene ribetes de institución nacional.

Por eso, Vico añora el cine. Por eso, y por un íntimo deseo de novedad, de superación, que cuadra mejor con los «plató» que no con los escenarios.

—El cine, para un actor — cree Vico —, ofrece siempre problemas nuevos. Luego, proporciona una mayor libertad. El teatro nos esclaviza.

Con cadenas de oro, estamos para apuntarle. No sabemos quien nos diga qué meses ha, al causar doña Concha Catalá baja en la compañía, se le dieron ochocientos mil pesetas; su parte en los beneficios de tres años de actuación.

Pero ni esta cifra ni cualquier otra es capaz de impresionar a Vico, que es un bohemio que trabaja, puntualmente y como un condenado. Y que tampoco quiere que su hijo, que acaba de cumplir los tres años, sea actor. Y que sabe que lo será, por encima de todo, como lo ha sido él, a truéque de tener que exclamar, de vez en cuando, y como también exclamaba él:

—¡Cuánta razón tenía mi padre!

SEMPRONIO

La alegría

CRONICA DE CINE

por ANGEL ZUÑIGA

«TEXAS»

de George Marshall

«Texas» posee un comienzo muy prometedor. Nos hallamos en ugo de esos poblados que se hacen y se deshacen en menos que canta un gallo y en los que se arman imponentes trapa-

última hora, son los momentos más inspirados de este nuevo film sobre el campo americano.

«STELLA DALLAS» para King Vidor

«Stella Dallas» o el folletín. Claro que antes de seguir adelante no esta-

sata, que nada quiera sacrificar en un principio. Con lo que le viene a suceder lo que a todos los insensatos: el que, al fin, tiene que sacrificarlo todo.

Esto de amor maternal y sacrificio ya pondrá en guardia a muchos lectores. No es que pretendamos que el tema maternal sea «tabú». Ojalá lo fuera. Entonces se intentaría reflejarlo poéticamente, o sea por medio de metáforas. Y es por aquí por donde alcanzaría su mayor dignidad. En la antigua tragedia, por ejemplo, las reglas daban altura a dicho sentimiento. Pero desde el romanticismo a acá, el caso se invierte. En lugar de buscar el común denominador humano en lo distinguido, en lo aristocrático, se buscó en lo vulgar, en las inclinaciones más ordinarias, en el desorden incluso. De aquí que los espíritus mejores se aparten de ello con un visible gesto de desagrado. No se les pide ya que vean la obra en su más noble perspectiva, sino que se pretende tan sólo jugar con sus nervios, con el inevitable peso sentimental que dejó en nosotros el trato familiar. En lugar de hallarnos con la posibilidad de una fruición estética, nos encontramos metidos, sin comerlo ni beberlo, en un fregado sentimental que nos, azora. La historia ya no vale por la forma con que se nos cuenta, sino por la acumulación de efectos groseros que obran en nuestro organismo como un estimulante alcohólico.

En el caso de «Stella Dallas» la exageración es evidente. De otra forma no se comprendería la desproporción que existe entre algunos detalles que se hinchan inverosímilmente con tal de ir tirando leña al fuego dramático. Sería, pues, injusto echarle las culpas de ello a King Vidor. Se trata de un film de encargo, muy fuera de su órbita y de su manera característica. Es inútil, pues, buscar las trazas del gran realizador. Si apurásemos el deseo, quizá las hallásemos en el ambiente miserable del hogar de Stella. Y en un momento finalmente melancólico: la escena en el cine con un viejo film de Herbert Rawlinson en la pantalla y el querido y viejo «Smi



La Stella Dallas, de Belle Bennett. Film «Y supo ser madre» (1925), de Henry King, con Ronald Colman, Lois Moran, Alice Joyce y Douglas Fairbanks, Jr.

tiestas por un quitame allá esas pistolas. Esto nos hace concebir esperanzas. Verán cómo nos vamos a divertir con las aventuras de estos valientes de pelo en pecho que apagan las cerillas a balazos.

Si aquellas no se cumplen del todo, se debe a que los personajes sólo están abocetados, sin razón humana que les dé profundidad. Ni tampoco existe la unidad necesaria para que muchas cosas no queden flotando en el aire. Que bien está que los personajes sean primitivos, pero no que lo sea la cinta. La primera parte, que es la mejor, es un preámbulo excelente, pero fíjese el lector lo poco que tiene que ver con el meollo del asunto.

Todo esto resulta evidente ante la vecindad de films incomparables como «La diligencia» y «El forastero». Estas dos producciones han hilado demasiado fino en género tan abierto a todos los caminos y a todos los montes. Aunque esto prueba buenamente que no todos los caminos llevan a una meta... ni que todo el monte sea orégano.

Lo que mejor resulta son, pues, sus escenas aisladas. Particularmente sus efectos cómicos. Y entre aquellas y estas, los de la pelea primera, graciosa caricatura del boxear de otros tiempos. Encajada, quejas que no, en el tema y que, no obstante, resulta su mejor, su más sabroso incidente. El tipo de boxeador profesional, la exorbitante cantidad de golpes contundentes, la trifulca de

rio de mas exponer mi escrupulo al juzgar un film que se ha estrenado en forma bastante irregular.

No obstante, «Stella Dallas» tiene algo que intimamente la corroe: la carcama del melodrama. Y, por supuesto, del más aparatoso. El amor maternal que produce en las plateas el mismo efecto que una bomba lacrimógena. Esto, claro, nada tiene que ver con la estética. El drama —la anécdota— se engulle todo posible intento del realizador por provocar un mundo de imágenes sin la imposible tara de aprovechar la repercusión mecánica de nuestros sentimientos. Vemos, así, cómo el ridículo más espantoso sigue por todas partes a la madre de nuestro cuento. Tan insen-



La Reina Victoria y el Principe Alberto, en 1860

EL ONCE 11

SEMANARIO HUMORISTICO DEPORTIVO

que pasa...



La Stella Dallas de Barbara Stanwyck

que lanza el típico pianista, aquellos inefables pianistas del cine mudo. Como valor positivo, la interpretación de Barbara Stanwyck. Desde «Amor y Deseo», de Capra (1932), no había sido mejor oportunidad dramática. Instante, ante el espejo, nos da idea de lo que vale quien tantas veces ve perdida en la insulsez de tanto medio anodino.

LA REINA VICTORIA»

Herbert Wilcox

propuestas a seguir comentando la gama de retratos reales, los ingleses nos ven ahora los amores dulcemente coronados de Victoria y Alberto, el cine consorte.

no crea que sea esto la primera vez que nos sentimos escépticos ante pa-

recidos intentos de reconstrucción del pasado. Y esa que Inglaterra los ha realizado, a menudo, con bastante prudencia para que no acabara todo en una fácil tendencia: en baile de disfraces. Cuando les ha salido bien, ha sido porque no se ha vacilado en interpretar las crónicas, saltándose a la torera la fría objetividad, que sólo es eso, fría y, como tal, incómoda. El Museo Grevin siempre nos ha parecido una de las mayores monstruosidades con que se ha podido embaucar a las multitudes.

Claro que éste es género que los lleva de cabeza. Ahí es nada, husmear en los palacios reales y hacerse la ilusión de que Laughton es Enrique, y la Berger, Catalina. Tratarse de tú a tú con cuatro testas coronadas y hacer como Peter Standish — el de «Berkeley Square» — un imposible viaje por los dominios del Tiempo.

Pero la prueba siempre es difícil. Porque, en realidad, el género no responde a ninguna premisa cinematográfica y resulta una creación artificial

trasplantada del teatro o de la literatura. De las cuales siempre se resiente el ritmo.

Por eso resulta más elogiable el conjunto armonioso que ofrece esta nueva incursión histórica, a la que no le falta el toque preciso de la ironía ni tampoco la ternura para constituir un buen ejemplo del género. Y no es que el film no posea dificultades en su desarrollo. La agrupación de distintos acontecimientos del reinado de Victoria, domésticos muchos de ellos, podía dar esa sensación deslabozada que siempre queda al querer unir tantos y tan diversos episodios en tan breve espacio de tiempo, por lo que casi resulta imposible el retrato impecable. Pese a eso no decae el interés. Al contrario, va en aumento por la fidelidad y el respeto, mezclado muy bien con el humor, con que el realizador nos ha sabido presentar los hechos.

Sobre todo, el film resulta excelente al exponer las relaciones existentes entre Victoria y Alberto. Hay un sentido histórico muy vivo y la gracia de algunas situaciones — la embarazosa de Alberto ante los problemas de Estado — ha sido solucionada con un perfil cómico muy estimable, sin caer nunca en concesiones al mal gusto, que en tema así hubiesen sido lamentables. Si algo tiene este film es, precisamente, que no olvida nunca la norma elegante para contar las cosas, ni tampoco en dotarlas con un sentido ágil de la realidad mucho más interesante que la frialdad de las crónicas palatinas.

La interpretación de Ana Neagle, muy espiritual, y la muy correcta de Anton Wolbruck completan el tono excelente de esta producción. Y, por encima de todo, esa admiración, ese respeto a la Reina que fué madre adorada de todos los ingleses, la que hizo más grande y más admirable todavía a esa gran y admirable nación: Inglaterra.

Ballet y baile español

por ALFONSO PUIG CLARAMUNT
Primera edición de bibliófilo, AGOTADA
Sigue en venta la segunda edición.
UN ÉXITO SIN PRECEDENTES



«Ballet y Baile Español» constituye, desde el punto de vista técnico editorial, un auténtico regalo de impresión, de diagramación, reproducción y de texto.

de JOSE PLA, en «DIARIO DE BARCELONA»

«Doble mérito al de este bien presentado libro, debido a su pulcro formato y bien cuidada presentación y al fondo espiritual que le anima.»

de R. GOMIS, en «SOLIDARIDAD NACIONAL»

«Y sus indicaciones técnicas denotan un conocimiento profundo de la difícil y lenta formación de un bailarín.»

de M. M. C., en «ARRIBA»

Ptas. 90. — Enc. en tela. De venta en las principales librerías y en la casa editorial

Otro gran éxito editorial
NAPOLEON EN SANTA ELENA

Próxima a agotarse la primera edición.

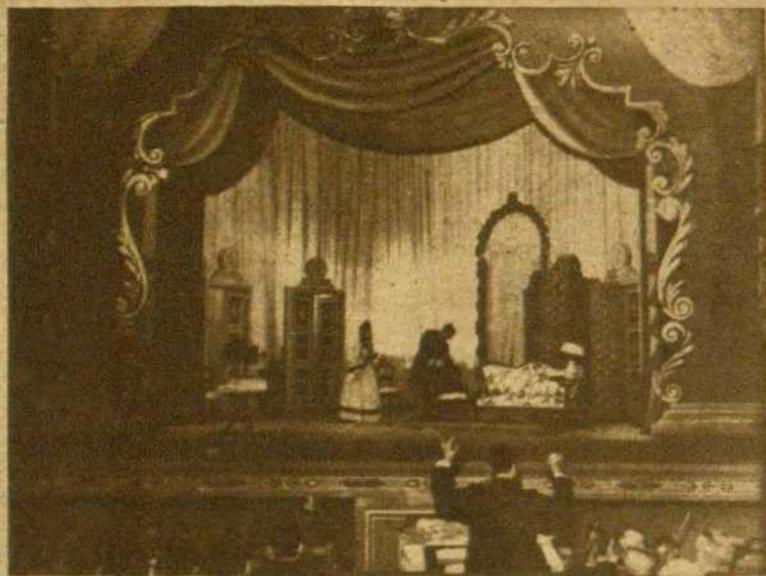
MONTANER Y SIMON, S. A.
Aragón, 255 - Teléfono 74402
BARCELONA

EN LAS POSTRIMERIAS DE LA TEMPORADA DEL LICEO

Tres operas de excepción

COMO jardín descuidado este año el escenario del Liceo ha sobrevivido precariamente a la falta de elementos vivificadores. Pero he aquí que de pronto brotan en él tres flores exóticas fruto de los cuidados y del amor de un buen director, Napoleone Anonazzi, quien, la atención

realista de la gracia y el color de su época, legándonos una verdadera joya evocativa, cuyo fulgor, los años no han hecho más que realzar. De la «Serva Padrona» a «Il segreto di Susanna» compuesta en 1907 por el compositor italiano Wolf-Ferrari, hay realmente una gran distancia en años, en



Una escena de la ópera de Wolf Ferrari «Il segreto di Susanna», interpretada por Victoria de los Angeles y Raimundo Torres.

puesta en las glorias pretéritas y presentes de su país, posibilita la representación de tres páginas deliciosas de quienes han dado y dan todavía gloria a la tierra hermana: Monteverdi y Pergolese, haciéndonos conocer además a un músico contemporáneo de gran interés: Wolf-Ferrari.

Monteverdi representa un momento trascendental en la historia de la



Monteverdi

ópera. En sus manos hábiles, en su sensibilidad apasionada germina un género escénico que después, para llegar a las formas actuales, no tiene más que dejarse llevar por su evolución normal al ritmo de las corrientes estéticas de cada época. En las postrimerias del siglo XVI, él supo catar un cansancio general por la música polifónica, instrumental y coral revalorizando el papel de los solistas, los contrastes entre éstos y los acompañantes, la importancia de los recitativos, los dúos y una serie de elementos que fueron base de las tragedias antiguas y habiendo caído en desuso volvían a introducirse en el teatro para convertirse, con Monteverdi, definitivamente en la espina dorsal de la ópera italiana.

En «Il Combattimento di Tancredi e Clorinda», representada ahora en el Liceo, tiene todavía un profundo sabor Madrigalesco. La nueva fórmula no ha cristalizado todavía y los personajes mimitizan en la escena lo que las voces cantan todavía desde la orquesta. Pronto pero estas voces que no quieren abandonar su acompañamiento saltarán al estrado para desenvolverse con sus arias y aritméticas. Entonces habrá definitivamente nacido la ópera. «Orfeo» levantará tempestades de entusiasmo que más de un siglo después no habrán hecho más que extenderse en Francia donde en 1746, se estrena — en la Comedia Italiana de París — «La Serva Padrona» de Pergolese, ante una momentánea indiferencia que no es más que la fermentación de la famosa «Querelle des Bouffons», verdadera batalla palatina de epigramas y hasta injurias entre los partidarios de Rameau y los entusiastas de los italianos.

«La Serva Padrona» conserva — lo hemos comprobado ahora con su representación en el Liceo — la penetrante poesía de una obra fruto de una alma privilegiada, creación de un temperamento en la ecléctica misma de su pujanza (Pergolese la escribió a sus 23 años de edad.)

Letra, acción y música participan por igual con un sentido fuertemente

estilo y hasta en calidad. En la obra de Ferrari, que también hemos visto ahora en el Liceo, brilla la llama de los primitivos, la pureza luminosa de la melodía y otras características que hacen de esta moderna ópera un regalo para los oídos a la que le cabe, entre otros méritos, el de poner unas fórmulas — aunque logradas, perfectamente lejanas a nosotros — al alcance de la sensibilidad de nuestro siglo.

La escenificación de estas tres óperas breves, ha representado para los intérpretes un gran esfuerzo de adaptación. Victoria de los Angeles, segura y fiel a un credo estético de altura, ha escalado la escena del Liceo por el camino que éxitos más seguros podrá proporcionarle. Cantó y se movió en escena con verdadera maestría sin olvidar ningún aspecto de su complejo cometido. Ante ella se abren perspectivas ilimitadas, y eso precisamente — a nuestro entender — le obliga a considerar sus triunfos actuales, más como un punto de partida que como consecución definitiva de un ideal. Si ella tiene conciencia de esto, de que el camino recorrido ha sido mucho pero que el que su categoría le obliga a emprender es mucho más vasto, la consideración de que goza actualmente no se marchitará jamás.

Raimundo Torres, cuya voz apañada ya todos los públicos, también ha demostrado categoría de gran cantante y de buen actor. Con estas óperas ha ensanchado considerablemente la base de sus facultades interpretativas llegando a dar, particularmente, de su difícil papel en el «Segreto di Susanna», una versión excepcional. Los demás: Dolores Torrentó, Pedro Sais, y Vicente Riaga, siempre en un lugar de perfecta discreción.



Pergolese

Juan Magriñá, igual que María de Arilla, han denotado suma inteligencia en adaptarse tan perfectamente a la partitura de Monteverdi, montando con mimica sugestiva para el combate de «Tancredi y Clorinda».

También Arturo Carbonell y Manolo Muntanola han colaborado en significar el aspecto decorativo de estas obras, las que han proporcionado aliento fresco y optimista a las últimas representaciones de invierno en el Teatro del Liceo.

J. MONTSALVATGE

Coliseum y Aristos

El film que inicia y consagra como insuperable actriz dramática a

Barbara STANWYCH
STELLA DALLAS

RECCIÓN-KING VIDOR



UNITED ARTISTS

MOMENTO MUSICAL

UN grupo de entusiastas por las empresas artísticas de difícil realización —en el que figuran personas de gran solvencia y de probada sensibilidad— ha patrocinado la reposición de una obra musical prácticamente ignorada. Se trata de una Misa Pastoril del maestro barcelonés Ramón Vilanova, compositor que en la primera mitad del siglo pasado conquistó un gran renombre con sus partituras de música religiosa y en especial con su Misa Pastoril, la primera que sometió a la consideración general. Esta misa no tardó en alcanzar una gran popularidad. Fué tan estimada que durante cerca de ochenta años el día de Navidad se interpretaba en nuestra Catedral y sus melo-



Adrián Aeschbacher

dias arraigaron en el corazón de los barceloneses, como verdaderas canciones del pueblo. Ramón Vilanova, cuando componía, a pesar de estar animado de un profundo espíritu religioso, no sabía expresar la herencia mística de sus antepasados. Al sonar su música, las iglesias eran invadidas por una alegría luminosa, los devotos cesaban en sus plegarias y levantaban la cabeza para seguir con un murmullo, la mirada fija en los ventanales, la gracia de las melodías que cantaban en una ininterrumpida alegría. Probablemente, sería esto lo que contribuyó a que la composición fuera considerada no del todo litúrgica y que su ejecución fuera suspendida, en 1908, a consecuencia de las precisiones sobre música sacra contenidas en el «Motu Proprio» del Papa Pío X.

La misa de Vilanova fue nuevamente ejecutada, en 1928, en varias iglesias españolas y en Roma. Estamos seguros, empero, que nunca lo fue con tantas garantías como las que promete la versión que de ella se dará mañana en el Palacio de la Música. Isabel Roses cantará los solos de soprano, así como Esteban Recasens, Enrique Sacristán y Luis Corbella las partes de tenores y bajo, respectivamente. Una gran masa coral y la Orquesta Clásica, dirigidos por el maestro Sancho Marraco, completan el cuadro de intérpretes que darán a conocer además otras obras de Ramón Vilanova y un «Multifarium» del propio Sancho Marraco.

Las audiciones musicales vuelven otra vez a multiplicarse tras un período de calma, y algunos conciertos de los celebrados últimamente han sido verdaderamente importantes. El de Henri Lewkowitz, por ejemplo, que ha movido a un público numerosísimo, consciente del valor de este magnífico virtuoso. Y también el del pianista suizo Adrián Aeschbacher, que ha renovado la impresión que produjo hace un par de años con su dicción y su técnica impecables.

A estos dos recitales se han añadido los dos primeros de la Orquesta Municipal, dando juntos la tónica de la actualidad artística más destacada. De esta nueva toma de contacto con la primera orquesta barcelonesa en breve hablaremos detenidamente.

En la Academia Marshall, las disciplinas musicales alternan con las audiciones íntimas que prestan a este centro de enseñanza el calor de un auténtico hogar de arte.

Hace unos días fué la pianista María Vilardell, quien ante una selecta concurrencia interpretó un seguido de obras encabezadas por el Concierto de Grieg, que le acompañó Alicia de Larrocha, hábil en la ejecución, al piano, de la parte de orquesta.

María Vilardell ya es algo más que una alumna que ha terminado brillantemente sus estudios. Sus interpretaciones están dotadas de una, quizás aun vacilante, pero perfectamente acusada, personalidad que le permite abarcar los más diversos estilos. Ante ella se abre un ancho panorama de éxitos de los que no ha hecho más que gustar las primicias.

Dos conferencias del R. P. Dom David Pujol, también han reunido en la Academia Marshall un público escogido. El Padre Pujol, es uno de nuestros más eminentes musicólogos y fácil es suponer que su disertación tuvo un interés paipante. Habló de las dos grandes figuras del arte musical polifónico: Juan Pierluigi Palestrina y Tomás Luis de Victoria, destacando la grandiosidad olímpica de la obra del primero y el intenso expresivismo, la riqueza contrapuntística y la naturalidad del segundo. La vida y la obra de estos dos genios de la música religiosa fué luminosamente evocada por Dom David Pujol, y de la trascendencia de sus estilos respectivos, tuvo una clara noción a través de unos cuantos discos que añadieron interés a la conferencia.

SOLIUS

La alegría

que nada...

EL TEATRO

De todo y nada

LA cuestión está clara. El impresionista tenía razón cuando dijo del Arte «que es algo inaprensible que, si sale, sale, y, si no, vuelta a empezar. Eso para cuanto se refiera al riesgo de los hombres que pretenden algo más que agrandar. Lo agradable, pues, tiene diversos grados valuativos. Unas veces el riesgo es grande; en otras, apenas existe. Y no valen excusas como aquella de que «tanto una obra buena como una mala cuestan el mismo esfuerzo». Que, puestos a razonar por axiomas, podemos también cantar aquel del genio francés que reconoce: «El primer poeta que comparó una mujer a una flor era un genio; el segundo, un idiota». Y han sido muchos los que han comparado la mujer a una flor, después del primero.

Vinieron, hace no mucho tiempo unos hombres con unos grandes capataces portadores dentro de ellos, de lo que más tarde habíamos de denominar los factores «imprevisibles». Y sorpresa, el retrucano, la gracia disparatada y, por último, la repetición monótona de tantos y tan vulgares aspavientos. Y eso, claro está, en materia teatral, tuvo su eficacia y su momento solemne: el que va de la sorpresa al desencanto. Los últimos años, entre no darnos nada sólido en ma-

teria escénica, han producido, no obstante, en tono menor, y a base de soplos fugaces, su acanto, su voluta, su capitel determinante, aunque lo sea de yeso moldeado.

Pasó ya la época — cuando menos por el momento — de las grandes pasiones, de las grandes conmociones psicológicas, de los grandes



Carmen Carbonell

cataclismos sentimentales y de los contrastes iracundos, donde el grito era grito y todo tenía su valor perfectamente catalogado. Aquellos odios eternos y tales amores inmortales, han muerto. Ahora sólo quedan las grandes conformaciones o las indiferencias despampanantes. Son los miasmas que trae el tiempo, según sean los aires.

Ahora, el caudal motriz de argumentos consiste en aprovechar las contorsiones de lo imprevisible, de la sorpresa — de una forma un tanto bergsoniana — como técnica dramática o cómica para conmover, para estremecer al pueblo.

De ahí que surgieran los patrones mínimos para un teatro de mollicie. De ahí el «tío» aquel que llega de América y salva oportunamente al sobrino en apuros; lo salva, bien sea muriéndose con toda una herencia por delante, o bien entrometiéndose personalmente en los asuntos del canallita. El truco del tío de América tuvo su fortuna, su momento de esplendor y su bancarrota.

También hubo el de la mujer abandonada en el «lodo», en el «fango» del deshonor, en la intemperie más absoluta. Ese asunto tuvo, y tiene aún, sus mil variantes de gran espectáculo y una fuerte provisión de matices para poner en movimiento los corazones tiernos.

Y con el fin de no citar más que tres argumentos sensoriales, añadiremos que hubo uno — acaso impulsado por las agentes del Tesoro — que se verificaba, con gran precisión, poniendo al alcance de la mano del espectador el sorprendente espectáculo de ver lo que hacía un hombre a quien la fortuna le deparaba el primer premio en un sorteo nacional. La rifa, el azar más



Bette Davis, la gran actriz americana, a quien deseamos ver en «Jezebel» en «The Old Maid», en «The Sisters», maravillosas creaciones de un intérprete excepcional

puro, la simple suerte, lo «imprevisible».

No pretendo aclarar nada. Sólo expongo lo que mis ojos vieron o lo que el recuerdo me plantea en primer plano. Y, así, unas veces con el tío de América y en otras con el «gordo» de Navidad, se alteraba el asunto de la mujer abandonada. Y también el terrible asunto de los equívocos, que si aquél no era aquél sino el otro o estotro o el de más allá, y, en fin, redondeado siempre por un tercer acto en el que el primer actor decía, puestos los ojos en blanco: «¡Al fin lo comprendo todo!». Y a la calle.

Y otros matices y otras variantes, y también la ardua alternancia entre matices y variantes y otras variantes y otros matices. Que si la maldad humana, que si la bondad animalista, que si el simbolismo, que si la Biblia en verso. Lo importante es señalar que la gente se ha divertido y que todo ha ido por sus pasos contaditos y mesurados y unos se han hecho ricos y otros no han pasado del simple ensayo. Para ello se puso en discusión el papel del «malo» y el «bueno» clásicos. Después, ni el «malo» ni el «bueno» fueron unos, sino que lo fueron todos, toda la sociedad era la mala. Nadie era bueno. Y por último, ni «buenos» ni «malos», todos unos y amigos todos. Y de ahí la aparición del primer tío, de la primera sorpresa, del primer «gordo» de la Lotería, del primer imprevisible, que es el que hace al personaje.

«TODO MADRID»

Trátase de una comedia floja,

flojilla, que se destaca por un notable y picaro servilismo al actor. El actor es quien «hace» obra, o, cuando menos, el que proporciona el éxito visual, que es más inmediato.

De ahí que Vico — con nerviosa sobriedad, por gestos, con su arte que quiere residir en naturalidad sin menoscabo de simple efectismo de cara a la galería, muy logrado por ciertos consiga un segundo acto con piedades reactivas de la mejor química. En otros tiempos, un borracho habría escandalizado a todos los públicos, hoy, por hoy, un borracho en escena, casi siempre simpático y primer actor, hace las delicias de la concurrencia. Fenómenos de la época.

En «Todo Madrid» el efectismo con ser de relumbrón, es pobre, pero se salva, dentro de lo que da, si un tema de porterías, aunque de porterías de casa rica, por lo que hay de «tío» humano en la interpretación, porque, justo será confesarlo, es teatro ese preparado para el gesto, sin nada notable, la charla y sin graves problemas que resolver, aunque se le inyecta un pseudo problema de acusación contra el concepto vulnerable, eso que es dado llamar el «todo Madrid», o el «todo» París, si se terciara.

Porque nada nos aclara, y acaso nos confunda un tanto el tener que escuchar que el «todo Madrid», al parecer, lo forman modistillas. Y quien dice todas, dos modistillas. Pero, en fin

JULIO COLL

Capitolio-Metrópoli

LUNES, GRANDIOSO ESTRENO

VICTOR MAC LAGLEN



SALLY EILERS
JOSEPH CALLEJA
EN
ARREPENTIDO

LA MEJOR REALIZACION DE
VICTOR MAC LAGLEN,
DESPUES DE «EL DELATOR»



La presentación de EUGENIA DE MONTIJO, que será estrenada próximamente en KURSAAL, marcará indudablemente una fecha gloriosa en la historia de la cinematografía española. Será la confirmación rotundo de que nuestra pantalla ha llegado ya definitivamente a su mayoría de edad y que está capacitada para los más altos empeños

La Sabiduría en el trono

por MIGUEL DOLÇ

¿PONDERA sin cesar cuántos príncipes murieron, después de ocasionar la muerte a tantos hombres; cuántos tiranos que, a título de una pretendida inmortalidad, han abusado con pasmosa altivez de su poder sobre las vidas humanas. Confieso que al tropezar con estas expresiones, sin máscara, en la versión de Marco Aurelio que se me encomendara, sentí una corriente de amargura bajarme hasta las raíces del sentimiento. Fué cuando la verdad de los «Soliloquios» del emperador filósofo me pareció aún sangrante y duradera. ¡Cómo nos hemos ido alejando de los templos serenos de la sabiduría antigua! De nada nos ha servido la milenaria meditación sobre la caducidad de las cosas humanas; el mundo ha proseguido su periódico afán de destrucción y no se ha conseguido iniciar un orden, marcar una pauta, ni terminar la vida con agrado, al modo que la aceituna, llegada a la sazón, cae bendiciendo a la tierra que la sostuvo y dando gracias al árbol que le dió savia.

Pasajes como éstos, limpios y escuetos, bastan para aligerar la más ruda tarea lingüística. No voy a hablar de esta difícil versión, pronta a publicarse. Es famosa la obscuridad de Marco Aurelio, debida particularmente a la corrupción del texto, capaz de hacer odiar para siempre a cualquiera la divina armonía de la lengua helénica. «Tres o cuatro correcciones son acaso sobradas en los demás escritores; mil en Marco Aurelio, pocas», afirmaba Löffl, no tan hiperbólicamente como parece, dirigiéndose a la sagacidad de los críticos. El concepto, sin más, se nos eriza, inextricable e irreductible; o se nos escapa y se hunde en la incertidumbre, mientras el vocabulario, transparente de por sí, nos baila en los ojos. A la versión, entonces, cabe únicamente la conjetura o la laguna. No es que su griego, aunque próximo al pedantismo de los aticistas, deje de ser exquisito para su época. ¿De dónde, pues, esa dificultad, suplicio de los comentaristas más agudos, en todos los tiempos? No es ahora la ocasión de someter a prueba manuscritos y ediciones; ni es, tampoco, mi cargo.

Una afirmación, empero, es incuestionable. El emperador estoico no intentó siquiera una composición; ninguna unidad, ninguna afinidad —como no sea el imperio de una misma doctrina filosófica— engarza los temas de su pensamiento. Los innegables méritos literarios y estilísticos de su obra obedecen al puro azar, no a obsesión estética alguna. Escribe, día por día, lo que le acucia, le preocupa, le atormenta; escribe sólo para sí, en un monólogo agobiante que raras veces abandona. De aquí el título de su libro: literalmente, «A mí mismo» o «A sí mismo»; notas personales, en suma, diario íntimo. El rótulo habitual de «Pensamientos», de nuestros libros de texto, no refleja aquel sentido; más aproximado es el de «Soliloquios». Y un hombre que escribe así, bajo la impresión directa de la circunstancia personal, aprovechando unos minutos de asueto en las horas mañaneras o al cerrar las jornadas más laboriosas, sin verse en el mundo exterior, difícilmente puede alcanzarnos una página orgánica, una clara arquitectura de ideas. ¿Pudieron acaso descifrar cómodamente los copistas las mismas tablillas donde él, en las vigiliadas solitarias o en las insomnias, apuntaba sus reflexiones, las impresiones de una lectura, una reminiscencia, la reanudación de un consejo, de un razonamiento?

Mas este obstáculo es, a nuestro objeto, secundario. ¿Cuánta verdad se encierra en la fragmentaria ruta de esta mente honesta, piadosa y noble! Innumerables son los estadistas, los generales y los reyes que han creído conveniente, al fin de su jornada, relatar sus aventuras o sus memorias, demasados, sin duda. Por miras diversas, anduvo su prurito o su intención, desde la justificación de su conducta a su apología; pero todas ellas convergen en un mismo punto: el de la vanidad. Se insiste o menuda en la vanidad de los artistas, de la mujer, del genio; se olvida la de los estadistas. Y la Historia intenta silenciarlos cuántas revoluciones y cuántas guerras traen exclusivamente su

origen de la petulancia, el orgullo, el poderío —vanidad, sólo vanidad— de los gobernantes, pretendidos rectores de la cultura.

Nada más lejos de la actitud confesional de Marco Aurelio, la más «verídica» de las cabezas coronadas: no en vano, jugando un día con su sobrenombre de «Verus», llamóle Adriano, amistosamente, «Verissimus». Y esta su nota específica, la sinceridad, no admite parangón posible: aislada, se levanta sobre el trono solitario de su sabiduría. Sólo evocar a Séneca, el neoestoico acendrado y uno de los políticos más astutos y de los millonarios más audaces de la Roma imperial, fuera ultraje. El mismo uso de la lengua griega, por un emperador que cifra su máxima exhortación moral en el sentimiento de la «romanidad», es un aspecto de su verismo. No hay que atribuir este gesto simplemente a la hegemonía conquistada por la Hélade durante el siglo II en el campo intelectual romano, o a la acción incansante que la filosofía griega ejerció sobre los espíritus nobles. Esta adopción de una lengua extranjera acusa otro aspecto de aquella misma veracidad: la renuncia voluntaria a la brillantez literaria, la humildad del hombre de letras, la abnegación del estadista —y nótese que nos movemos dentro del área de un léxico estrictamente cristiano.

No es que Marco Aurelio convierta su quehacer político en especulación, o que se le muera en desfallecimiento de voluntad. Insensible a la seducción de la gloria, gobierna, legisla y dirige sus ejércitos con imperiosa energía. Quiébrase la paz del reinado anterior; todo se complica, se agita, hierva; luchas en Armenia, irrupción de los bárbaros hasta Aquileya, propagación del Cristianismo, peste en Italia. El Emperador, ausente casi siempre de Roma, visita el Oriente, Grecia, y pasa la sazón de su existencia en los campamentos de la región danubiana. Y, por colmo, en medio de su abrumadora soledad moral, ve recaer la sucesión del Imperio en un ser brutal y estúpido, Cómodo. Fruto de estos años maduros, próximos al otoño de la vida, son los «Soliloquios», puntos interrogantes diarios, consultas inintermitentes a la conciencia, jirones patéticos de una vida dura, de una magnanimidad heroica, casi irónica y cruel. He aquí el secreto de su originalidad; no intenta congraciarse con nadie, ni siquiera relatar nada. Aspira únicamente a reavivar la lámpara de su vida interior; a destruir, por medio de sus implacables análisis, el placer de la lujuria; a conformar su vida con la razón, con la naturaleza. Sólo quiere la existencia para formar con ella una cadena de bienes; y cree haberla conquistado cuando sabe resignarse a la muerte.

Resignación, piedad, indulgencia, desilusión, pesimismo: la gradación es evidente en su filosofía, sin que la perspectiva general permita comprobar la línea divisoria de los matices. Y ello porque el Emperador se alimenta únicamente de dos o tres grandes ideas o principios: la religiosidad, la sociabilidad, la independencia. ¿Cómo podría asemejarse este diario íntimo a ningún libro de memorias? Es para ello demasiado humano y real. Está cercenada en él la imaginación; está todo tan a flor de piel, que las verdades se convierten en imágenes, en colores y sonidos. ¿Qué es la vanidad de la gloria? El emperador que aprisiona Sármatas, como la araña atrapa moscas. ¿Qué es la ofiación al fausto, al teatro, a los torneos? Lanzar huesos a los perros y migajas a los peces en la alberca. ¿Y el hombre que se resiste al destino? Cochinito que gruñe mientras le llevan al matadero. Y tan salteador es el que caza liebres y pesca arenques, como el general que encadena enemigos. Se ha culpado a Marco Aurelio de monotonía. Pero la crudeza y la sinceridad de estas expresiones harán siempre simpático su magisterio; con ello no ofendía a nadie: hablaba sólo consigo mismo. Y a esto no puede llegar la vanidad de los que hacen la guerra por oficio o por deporte, para agobiarnos luego con sus retóricos períodos en primera o en tercera persona.

LA VIDA DE LOS LIBROS

por ANDRÓNICO

LAS NOVELAS DE UN HISTORIADOR

ACABO de leer las ochocientas densas páginas de «Oliverio Wiswell», la novela del escritor norteamericano Kenneth Roberts (1). Antes lo había hecho con «El paso del Noroeste» —cuya traducción castellana acaba de aparecer, al cuidado del mismo editor de «Oliverio Wiswell» y con idéntico buen gusto (2)— y «Gentuzza en armas». Nada sé de Kenneth Roberts, mas creo que las tres mil largas páginas que esas novelas suman en junto, de algo pueden servir para enjuiciar el género novelístico por su autor. Ignoro qué más pueda haber publicado Kenneth Roberts y de qué género; pero las tres novelas que de él conozco, y que en reali-

mal concepto en que esos mismos patriotas tuvieron siempre a los indios, aun cuando pasaron a ser sus aliados, lo que tanto contribuyó a su exterminio. Pero todo esto forma el cuerpo de los otros dos relatos: «Gentuzza en armas» del lado de los nacionalistas, y «Oliverio Wiswell», por los americanos, partidarios de Inglaterra, constituyen una exposición completa de los motivos, incidencias y resultados de la guerra por la independencia de los Estados Unidos y de la mentalidad de los americanos afiliados a los dos bandos. Un esfuerzo en justificar a unos y otros y dar a los americanos de hoy el doble orgullo de descender de tales hombres, conscientes —cada cual desde su partido— de la existencia y porvenir de una patria americana.

Quizá extraña que reduzca yo esos libros —o por lo menos lo señale como más importante en ellos— a semejantes extremos nacionalistas y de propaganda. Pues, cómo, ¿no se trata de novelas, no hay en los mismos argumento y acción novelesca? Si tal; y de novelas distraídas, ricas en lances de todas clases. Pero no me costará sostener que la vocación de Kenneth Roberts es de historiador. César Cantú tejó la Historia a base de supuestas frases célebres y de anécdotas; no sería muy científica, pero resultaba —y supongo sigue resultando— deleitosa para la juventud, despertando no pocas vocaciones por la Historia. Luego han surgido los historiadores, a quienes, más que batallas y frases pintorescas, importan los fenómenos artísticos, sociales, económicos y políticos de cada época; un considerar los acontecimientos en conjunto y científicamente; lo cual será más serio y veraz, pero no tan divertido. Así Kenneth Roberts ha querido trazar una Historia deleitosa de su país, al modo —salvando las distancias— de un Cantú. Y que no quiere pasar por simple novelista son los mapas y gráficos, la bibliografía y la meticulosidad de historiador de que hace gala en sus libros; y la lista de nombres de letras y de ciencia cuya colaboración le ha sido provechosa.

Las tres novelas que comento coinciden en estar escritas en primera persona; son las memorias que se supone escritas por gentes llegadas a madurez, quienes, por referir cómo llegaron al matrimonio, se ven obligadas a hacer historia de las mil peripecias que corrieron en el curso de las guerras reseñadas, y que respectivamente les alejaban o aproximaban a las providenciales esposas que les ha tocado en suerte. Una vez es un pintor; otra vez, un carpintero-hospedero-cazador; más allá, el hijo de un rico hacendado; todos ellos hombres próbos que saben merecer la confianza de sus superiores y que, metidos en difíciles misiones de guerra, han de sufrir toda clase de asechanzas, aunque a la larga



dad forman un solo ciclo, inducen a sospechar cuáles son las preferencias y métodos del autor.

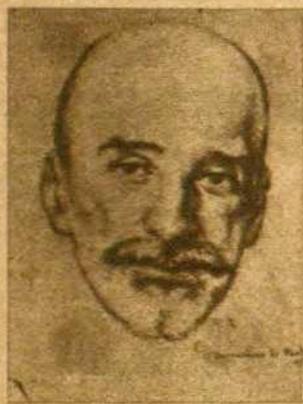
Digo que «El paso del Noroeste», «Gentuzza en armas» y «Oliverio Wiswell», por este orden, constituyen un solo ciclo narrativo, con personajes comunes a alguna de ellas y un solo tema histórico: la guerra anglofrancesa por el Canadá y la subsiguiente guerra de Independencia norteamericana. Es decir, la historia de los Estados americanos entre 1755 y 1783. «El paso del Noroeste», a modo de introducción a las otras dos, es la narración de las gestas angloamericanas contra los franceses y los pieles rojas de los grandes lagos. En esa empresa, y por la incapacidad y lentitud británicas, dibujábase ya las diferencias entre los ingleses y los coloniales, que habían de llevar a la escisión; y con la creación de unidades autóctonas americanas se echan las bases para los futuros ejércitos de la Independencia. Al paso que, de la alianza entre franceses y pieles rojas, había de nacer la prevención de los patriotas contra los primeros cuando éstos les ayudaron contra los realistas; y el

ENTRE LINEAS

BENAVENTE Y LA LITERATURA INGLESA

ME dijeron que don Jacinto cruzaría de nuevo el Gran Cañaco. En efecto, se va a la Argentina. Se marchará este verano con la Compañía de la que es primera figura Lola Membrives. Por lo pronto, uno de estos días saldrá nuestro gran dramaturgo para la finca que posee en el camino de Torrelodones. Allí se pasa don Jacinto casi todo el tiempo. El sol, el aire y los buenos paseos que da en su finca de «El Torreón» le tienen en un envidiable estado de salud. Dentro de unos meses cumplirá 79 años. Además, ya no está continuamente con el puro en la boca —aunque no deja de fumarlos—, no se si por medida higiénica o porque la cosa no vale ya la pena desde que Churchill ha superado con creces el récord mundial de fumadores de puro. No os sorprenderá, empero,

que no le haya preguntado nada concreto. Esto sería ingenuo con Benavente. Además, resultaría superfluo obtener de su ingenio unas respuestas al «¿qué opina usted de esto o de aquello?» cuando él ha expresado ya magistralmente su opinión sobre cada tema en sus obras teatrales. Supongamos que le pregunto: «¿Cree usted que entre los autores de la presente hora teatral española hay alguno del que pueda afirmarse que va a sustituirlo a usted como primera pluma de nuestra escena?» Una de dos: o me contesta que sí lo hay, y esto sería una piadosa mentira, o me dice que no lo hay, y esto —que es lo cierto— parecería presunción. Por eso, prescindamos de preguntas imprudentes e inútiles. Un traductor no debe dedicar un libro traducido por él. En todo caso, debe añadir: «Con permiso de «misters» X. que también en habría tenido mucho gusto en dedicárselo a usted». Y donde dice «misters», póngase



Jacinto Benavente

«monseurs», «herrs», etc., según suene el idioma. Pero si el libro hay que dedicárselo a un Benavente, entonces huelga el permiso del autor. No puede uno perder semejante ocasión de lucirse. Sin embargo, y para que no se diga, he buscado una fórmula intermedia en la dedicación a Benavente del «Huracán en Jamaica», de Hughes: utilizar unos versos de

Shakespeare en «As you like it». Pues aunque la inquieta erudición haya puesto en duda la paternidad de Shakespeare en cuanto a sus obras, no cabe dudar que éstas las escribió un inglés. Así, Richard Hughes, como inglés (y como amigo de Mr. Starkie, cuya biografía de Benavente gusta mucho al biografado), me perdonará por haber escrito: «Al hombre para quien

All the world's a stage
And all the men and women
(merely players.)
(El mundo entero es un escenario y todos los hombres y mujeres sólo comediantes.)

De aquí recayó la conversación en el teatro shakespeariano. Don Jacinto lo conoce perfectamente. Ha traducido «El Rey Lear» y adaptó «Twelfth Night» con un título español que no recuerdo. En una charla rápida, van desfilando personajes, situaciones, pasajes difíciles, trozos de ardua interpretación para el moderno hombre de teatro. Todo ello lo ve don Jacinto con extraordinaria agudeza, con el criterio seguro del hombre de letras y del glorioso veterano en lides teatrales.

—No he traducido más a Shakespeare —me dice— por lo mal que lo pagan. Es una labor delicadísima, y si el traductor es una persona sensible, ha de sufrir por no poder reflejar en toda su intensidad el ambiente de un drama o de una comedia en que abundan expresiones estrechamente ligadas a la época y al país. Hay siempre en las traducciones de Shakespeare importantisimos matices que se pierden.

En la biblioteca de Benavente hay muchos libros ingleses. Posee una buena edición inglesa del «Flush», de Virginia Woolf. Repasando sus páginas, dice el autor de «Señora Amá»: —Este libro es delicioso. Cuando lo leí tenía yo un «córceker» estupendo. Un digno hermano de «Flush», tan sensible y tan simpático como él. A propósito; he leído varias biografías de Elizabeth Barrett Browning y en ninguna de ellas he encontrado una base sólida para esa leyenda que se ha creado alrededor del padre de Elizabeth. En «Flush», la Woolf ha dejado las cosas en su punto. En cambio, en «Las Virgenes de Wimpole Street» aquella película se exageró mucho. Le hablo de las películas que

han utilizado argumentos de obras benaventinas.

—No voy nunca a verlas. No me interesa escribir guiones para el cine, porque luego lo mutilan todo. La última vez que me pidieron escribiera unos diálogos, pedí una cantidad excesiva, con la seguridad de que no aceptarían. Pero mi estratagema no me valió y tuve que escribirlos.

De la cinematografía, la conversación se desliza hasta Somerset Maugham, que tantas novelas tiene adaptadas a la pantalla. Digo a don Jacinto que acabo de leer «The Razor's Edge», la reciente novela de Mr. S. M.

—¿De qué trata?

—El protagonista es un ser curiosísimo, en apariencia un norteamericano cien por cien, pero luego descubrimos en él a un místico.

Benavente enciende un cigarrillo español, muy fuerte, me ofrece uno inglés, de una marca inhallable, y siguiendo el zig-zag de su pensamiento, comenta con una sonrisa:

—No es extraño, todos los norteamericanos son religiosos, pero cada uno tiene una religión distinta.

—como en las películas americanas— salga triunfante la virtud, es decir, los protagonistas. Todos son un poco héroes a la fuerza, pues la guerra no goza —con todo y su calidad de voluntarios— de sus simpatías, y hombres de estudio y conocedores de ambos mundos. Como no sería lógico que el carpintero Stevie Nason nos saliera intelectual y conocedor de la vida inglesa, la novela en que aparece «Gentuzza en armas» tiene una segunda parte, una segunda autobiografía, que es la de Péter Merrill, capitán mercante. Y éste sí que ha vivido en Inglaterra, es culto y conoce a toda clase de gentes. Como sería difícil empalmar los amores de estos cuatro americanos con la guerra ambiente, el autor coloca ciertos tipos —como el «agradoso» de nuestro teatro o el «picaro» de la novela clásica—, todo astucia, fidelidad y desenfado, que ligan lo nevesco a lo histórico: Cap Huff, el gigantón, en las dos primeras, o el charlatán Buell en «Oliverio Wiswell» verdaderos escuderos de los protagonistas.

Quedamos, pues, en que tales protagonistas siempre tienen su temporada londinense: para exponer sus cuadros, estudiar en la Universidad o reunir materiales para la Historia. Lo cual les da ocasión de desempeñar misiones políticas delicadísimas; y al autor, de presentarnos el otro lado de la medalla: los intringulis de la política de Londres frente al secesionismo norteamericano, y los maneos de los «whigs» y de los nacionalistas americanos residentes en Inglaterra o las reuniones de los americanos realistas refugiados en la metrópolis.

Porque, dejando de lado esas historias de amores, claro está que a Kenneth Roberts interesan mayormente las historias auténticas: las del coronel Rogers o el general Arnold, de Washington, Franklin, Lafayette o lord North, de Bourgoyne, Clinton o Cornwallis. Le importa hacer desfilar ante nuestros ojos a los literatos, pintores y políticos ingleses y a los cabecillas norteamericanos; llevarnos con las legendarias expediciones de Saint Francis y Quebec; hacernos asistir al incendio de Boston, a la toma de Nueva York, a la batalla de Saratoga o a la colonización del Canadá por los perdidosos realistas. Y esto está escrito con una altura, un nervio y unos expedientes literarios: con una destreza que coloca las historias de Kenneth Roberts en la mejor tradición novelesca.

(1) Kenneth Roberts: OLIVERIO WISWELL. — Trad. J. G. de Luaces — Col. Leda. — Eds. Lauro, Barcelona, 1944.

(2) Kenneth Roberts: EL PASO DEL NOROESTE. — Trad. J. G. de Luaces — Col. Leda. — Eds. Lauro, Barcelona, 1945.

LAS EXPOSICIONES Y LOS ARTISTAS

formas y colores

EL CENTENARIO DE AMADEU
EN el pasado martes cumplióse el segundo centenario del nacimiento del gran escultor barcelonés Ramón Amadeu. Una gran Exposición de su obra en el Palacio de la Virreina y conferencias a cargo de Evelio Bulbena y César Martinell constituyen una apor-



Figurita de Amadeu. Colección Bolós (Olot)

tación considerable a la labor de divulgación que debe implicar todo centenario.

Señalamos el interés de la Exposición de la Virreina, cuyo comentario más extenso aplazamos para el próximo número, avanzando únicamente que nos parece un acierto el que se haya procurado que en el conjunto reunido, frente a la obra de Amadeu como escultor pesebrista —la faceta más conocida de su talento—, cobre singular importancia la parte de su producción que le acredita como uno de nuestros grandes maestros de estatuaría religiosa.

Con igual elogio debemos señalar el interés de la primera conferencia en torno de la obra de Amadeu, pronunciada en el Ateneo Barcelonés, el pasado martes, por Evelio Bulbena Estrany, autor de «Ramón Amadeu, maestro imaginero catalán de los siglos XVIII y XIX», obra básica en bibliografía de este artista.

CUADERNOS DE ARQUITECTURA
CUADERNOS de Arquitectura, editados por el Colegio Oficial de Arquitectos de Cataluña y Baleares, mantienen en los dos números publicados hasta la fecha, un alto tono que exige la atención de todos los interesados en el desarrollo de nuestra arquitectura. Revista especializada, se dirige preferentemente a los profesionales a base de trabajos y estudios de indiscutible solvencia técnica. Sin embargo, el aficionado puede encontrar también en estas páginas motivos de interés e ilustración.

Dentro de un ponderado eclecticismo, lógico en este caso, alternan los artículos de tipo histórico con los de carácter más exclusivamente técnico, el comentario a las artes aplicables a la arquitectura y la pequeña glosa a obras en proyecto o en curso de ejecución. Todo lo cual adquiere suficiente vivacidad para estimar en esta revista un noble propósito de divulgación que en este caso nos parece muy necesario. Nuestra arquitectura, viva en el comentario de la calle, en la apreciación superficial, pero apasionada del público, necesita de una literaria exposición de sus razones intrínsecas y extrínsecas. Como toda forma de cultura, debe ser historiada y catalogada.

En este número dos de la revista leemos artículos de César Martinell, «Los baños medievales en el levante español»; de Ignacio M. Ador, «Proyecciones cónicas»; de Isidro Puig Boada, «El Palacio Güell de la calle del Conde del Asalto»; de Francisco de P. Quintana, «La Exposición de la Escuela Municipal «Massana», de Artes Suntuarias. En la «Crónica de obras», una noticia suficiente sobre construcciones de los arquitectos Viladevall, Soteras y Maynés Gaspar. El interés se mantiene en todas las secciones de la revista.

Los editores de «Cuadernos de Arquitectura» han optado prudentemente por no fijar ningún plazo de aparición a su revista. Comprendemos su escrupulo, ya que es habitual en este tipo de revistas la falta de seriedad en su publicación. Sin embargo, nos satisficiera comprobar que fueran innecesarias estas precauciones. Sólo con una labor metódica y un ritmo un poco normal pueden surtir efecto los nobles propósitos que animan estas páginas. En este caso, continuidad equivale a eficiencia.

UN RETRATO DE MANOLO

En estos últimos tiempos, el escultor Mario Vives ha trabajado intensamente en el retrato de Manolo Hugué que reproducimos. Según afirma Vives, después de haber hecho el busto de Aristides Maillol, recientemente fallecido, el retrato de Manolo cobraba para él un significado especial, ya que estos dos escultores constituyen sus



grandes admiraciones artísticas. El maestro de Banyuls y el maestro de Caldas representan para Vives los puntos culminantes de la escultura actual.

Mario Vives está en Madrid preparando una Exposición de sus obras. Conocemos lo que va a expo-

Ollé Pinell

(La Pinacoteca)

LOS temas escogidos por Ollé Pinell son muy apropiados para subrayar las intenciones de su pincel sutilísimo. Paisajes abiertos del Llano de Urgel, desoladas playas tarraconenses: la anécdota mínima, lo justo para que no se interponga nada ante la fosforescencia especial de estas atmósferas irisadas. Un tenue polvillo va filtrando la luz que vibra en azules y en azules, compacta y uniforme, pero extrañamente encendida. Obsérvese esta vibración en una de las vistas de San Salvador y en una nota preciosa de trigales. Es sorprendente la agudeza del artista en el traslado de esta masa informe de aire, único protagonista de la tela. Sorprendente porque sólo una exactitud metódica, una técnica donde el temblor es cálculo, puede llegar a resultados tan concretos. La nimiedad del asunto hace resaltar todavía más esta certera impresión atmosférica que se consigue aquí a base de una mecánica, expresiva llena de inteligencia.

Las graduaciones en infinitesimos conquistan para estas grandes masas atmosféricas una sensación de realidad realmente extraordinaria. En la superficie tersa, dulcemente apretada, no existen puntos muertos que se interfieran a una totalidad siempre jugosa. La eficacia del arte de Ollé Pinell se demuestra en estos cielos donde fracasan la mayoría de los pintores, incapaces de obtener para ellos aquella ligereza y profundidad

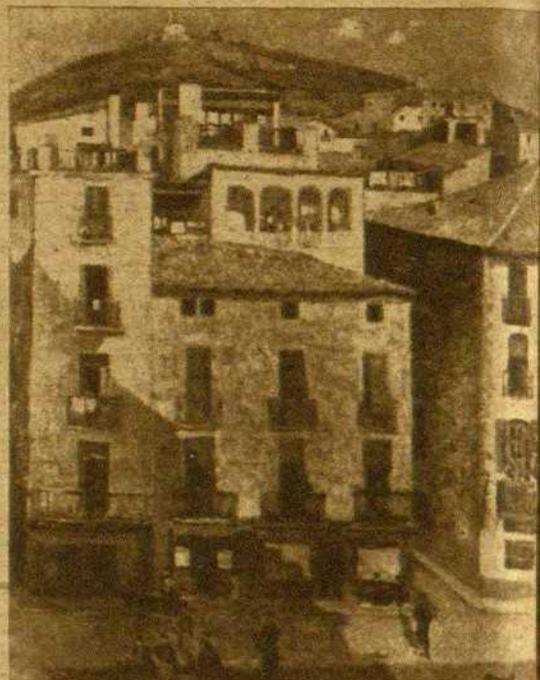
ner y podemos aseverar la calidad de sus mármoles sólidos y apretados, cincelados con devota minuciosidad. Tanto en sus grandes desnudos como en su obra escultórica de tamaño más reducido, se comprueba la nobleza de su arte concienzudo y sólido.

ACTIVIDADES ARTÍSTICAS DE LA SALA GASPAR (1943-1944)

Es ya tradición en la Sala Gaspar la publicación de un resumen anual de su temporada artística. En un bello volumen se detallan las Exposiciones celebradas en el año. Abundantes ilustraciones de los artistas expositores acompañan unos breves comentarios de Bernardino de Pantorba. La calidad de este texto, junto con la dignidad general del volumen, dan a esta publicación un marcado interés. Es éste un bello ejemplo a imitar, ya que en este caso la lógica finalidad comercial del volumen se supera con el innegable interés de documento que mantienen siempre estas páginas. En el día de mañana, rehacer la historia de nuestro arte será tarea más fácil si contamos con un núcleo considerable de publicaciones de esa índole.

que los hace sugerentes a nuestros ojos. El artista no gusta de las improvisaciones. Todo en esta pintura es cálculo feliz, problema resuelto con lucidez y sensibilidad.

Expone Ollé Pinell, además de estos paisajes que constituyen la parte más nutrida y representativa de su obra al óleo, unos cuantos retratos, también muy considerables. El dibujo adquiere a veces en ellos una fuerza incisiva. Dijérase que este gran artista no puede olvidar, incluso cuando utiliza el pincel, este grato mundo de precisiones que constituye una de sus ocupaciones favoritas. Es en la tectónica de un rostro donde se apoya este afán constructivo. Por encima,



Pujol. — «Casas»

empero, el color prende con su llamara sosegado y adquiere la misma sutil graduación que admiramos en los paisajes.

José Pujol

(Sala Pictoria)

En anteriores Exposiciones de Pujol, junto con la admiración a la propiedad y rigor de su arte, señalábamos cierta indecisión estilística que perjudicaba la plena eclosión de su personalidad. Creemos ahora que la crisis en que se ha debatido el artista durante algunos años está y plenamente resuelta. Ha prosperado en su obra lo que le da un tono más propio y distintivo. Su pintura se ha arriado rigidamente a un primer esqueleto cezanniano; se mantiene la arisca voluntad que se place en una rígida estructuración del paisaje, incluso en la sugestión elemental de la recta —véase el gusto de artista por enmarcar el paisaje dentro de ventanas y, también, la abundancia de temas urbanos que exigen también una estructura más o menos cuadrilátera. Sin embargo, lo que hace la originalidad del artista es la manera de casar estos tríos elementos estructurales con una sensu pastosidad colorística. Junto a ello advertimos también la sugestión de nuestros mejores primitivistas. Directamente, e incluso a través de su primer maestro, Ivo Pascual, el artista ha llegado a la expresividad deliciosa de un Darío de Regoyos. La fundamental arbitrariedad de esta pintura se demuestra en la manera como estos elementos se conjugan y detentan mutuamente.

Pujol, en el camino de su reiteración

LIBRERIA HISPANIA

ESPECIALIDAD EN LIBROS DE LUJO Y AUTORES CLASICOS

Diputación, entre Paseo de Gracia y Rbla. de Cataluña

Librería Mediterránea

Avda. Generalísimo Franco, 403

EXPOSICION

J. Martínez Romero

Dibujos Humorísticos Del 10 al 23 febrero



LIBRERIA EDITORIAL ARGOS

RAFAEL BENET PINTURA YEBES ESCULTURA



CUADROS MARCOS

C. de Clento, 323

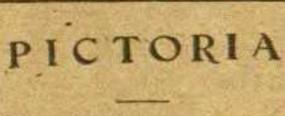
EXPOSICION Rafael Estrany OLEOS Y ACUARELAS



LA PINACOTECA MARCOS Y GRABADOS

P. Gracia, 34 — Teléf. 13704

EXPOSICION OLLÉ PINELL



PICTORIA

J. PUJOL



SALA ROVIRA

Rambla de Cataluña, 62

Tarrassó



SALA BUSQUETS

P. de Gracia, 36

EXPOSICION Nuria Llimona

Galerías Layetanas Ramón Umbert Roig Enseñat Bosch Tubau

GALERIAS ESPAÑOLAS P. Gracia, 102 Rosellón, 236-38 EXPOSICION Julián Garrido

SYRA EXPOSICION KATHINKA B. DE LOMBARD

GALERIAS COSTA MARCOS Y GRABADOS Archs. 3. — Teléfono 22630 Exposición permanente de Grabados

Sala Vinçon Paseo de Gracia, 96 EXPOSICION E. Bosch Roger

GALERIAS AUGUSTA Avda. Generalísimo Franco, 478 MARCOS — OBJETOS REGALO OATES Puede visitarse a todas horas



A. Ollé Pinell. — «Calle de San Salvador»

y energética. Realismo directo que intenta aprehender lo total distintivo de una luz o una forma.

Esta joven pintora demuestra en cada momento un cierto desprecio por todo lo que represente una paciente y fría meticulosidad. Prefiere incluso dejar muchos cabos sueltos antes que perder esta nota aguda y vivaz que constituye el alma de sus visiones del paisaje. Así, alterna en su obra una autenticidad de visión con un natural abandono. Impaciente y juvenil, esta pintura puede llegar donde llega su impulso. Sea como fuere, mucho ha ganado esta artista en el dominio de su arte. Frente a sus anteriores Exposiciones, la actual significa un considerable avance que no hace más que subrayar el nervio de un estilo donde se pueden fundar muy halagüeñas esperanzas.

Tarrasó

(Sala Gaspar)

Tarrasó, conocido por sus grandes y tormentosos óleos, nos ofrece hoy una serie de telas de tamaño reducido. Incluso, en una de las salitas expone únicamente notas: grupos pintorescos de gitanos.

Las características de su estilo se mantienen vivas tanto en las telas de tamaño normal como en las pequeñas notas. Tarrasó se mantiene fiel a sus orígenes y, en este sentido, es imposible no citar la fuerza exhaustiva que la obra de Mir ha representado para esta pintura. Sin embargo, puede hablarse de cierta corrección actual de las desorbitaciones excesivas de su colorismo abigarrado y frenético. En algunas de las notas

de gitanería, por ejemplo, se admira una vivacidad jugosa y llena de verismo.

Guillermo Villá

(El Jardín)

En la pintura de Guillermo Villá, la impronta del otro Villá, su hermano Miguel, es demasiado fuerte para que no pueda hablarse de un mimetismo demasiado sumiso. No se trata sólo del uso de una misma técnica empastada y firme; son los temas, la comprensión de la luz, la impresión general de la obra lo que nos habla de una sumisión absoluta e impersonal a otro estilo y otra personalidad. Y ello, sin negar a Guillermo Villá la seriedad y nobleza de su esfuerzo; reconociendo lo bueno de su pa-

ciente y laboriosa investigación pictórica.

Lleó Arnau

(Galerías Lapeñanas)

El acuareliano de Lleó Arnau se mantiene dentro de unos cauces tradicionales. Es innegable su rigor constructivo, la línea voluntariosa que circunscribe las manchas. Estas, profundas, densas, gustan a veces de cierta confusión y tienden a las entonaciones un poco turbias. Señalamos también el gusto del artista por los cromatismos sugestivos y un poco teatrales, que se salvan gracias a un dominio perfecto de los recursos del procedimiento.

I. T.



Nuria Llimona. — «Paisaje»

vez, puede sentirse satisfecho. Escrito al grupo de pintores olímpicos, su obra se destaca de una manera sorprendente. Menos fácil que algunos de sus compañeros, con una obra más accidentada y compleja, pasa en cambio el valor de haber escrito siempre en su arte un noble sello intelectual. Su obra responde a una verdadera inquietud. Insatisfecho y audaz, ha logrado conquistar una irreductibilidad expresiva que es el secreto de una personalidad. Nuestra simpatía por su pintura proviene de los resultados obtenidos

como del hecho de que en ella se ejemplariza una noble lucha.

Nuria Llimona

(Sala Busquets)

En la pincelada de Nuria Llimona incide siempre una simpática brusquedad que constituye el nexo íntimo de su estilo. El carácter vigoroso de estos paisajes proviene de un temperamento que más que pararse en el detalle se place en la nota sintetizada, en la mancha esencial y distintiva. En este esfuerzo de síntesis Nuria Llimona se encuentra en la línea de nuestra pintura más joven

BRIDGE

VI CAPITULO LA MANGA (6)

PRIMERO punto de partida de nuestras ultimas consideraciones, supongamos, por supuesto:

pi: R, V, 9, 3
co: 7, 4, 2
di: A, R, 8, 6
tr: R, 10

«B»

«A»

pi: D, 7, 2
co: A, R
di: 7, 5, 3
tr: 8, 6, 4, 2

«A» abre con un pi. «B» sabe lo tanto, que «A» dispone por lo menos 2 1/2 — 3 bazas absolutas. Como en su proximo turno dispone ya de 3 1/2 bazas absolutas, sabe que la «A» — «B» dispone, en su turno, de cerca de seis bazas absolutas. La manga está, consiguientemente, asegurada, y no mas cuanto que «B» dispone asimismo de un fuerte pi. Pero si bien «B» sabe perfectamente todo esto, «A» no lo sabe. Si «B» contesta con dos cartas, la abertura de «A» (un «A» probable, entonces, que pase, pues se imaginara que «B» dispone únicamente de 2 bazas absolutas. En este caso jugará, por tanto, la pareja de pi, y ha fallado por consiguiente, la manga. «B» no encuentra, por tanto, un «A» que le permita llamar la atención de su compañero para que no pase antes de que haya alcanzado la manga. En consecuencia, ella le ayudará a resaca ordenadora. En lugar de contestar a «A» con dos pi, ha contestado con tres pi. «A» ahora que «B» es muy fuerte, y que considera asegurada la manga. Por tanto, no jugará en forma alguna antes que no se haya alcanzado la manga. Su declaración será de 4 pi. El contrato podrá ser ahora fácilmente satisfecho. Un jugador eleva el palo de su compañero de uno a tres,

llamaremos a esto una «doble elevación» (no confundirlo con el cambio de palo doble). Vamos ahora a examinar las condiciones bajo las que un jugador está justificado para verificar una de estas «dobles elevaciones».

Como ya dijimos, cuando alguien hace una «doble elevación», lo hace para poder alcanzar la manga de un modo más seguro. Para que esto sea posible, debe disponer, sin embargo, no sólo de un determinado número de bazas absolutas, sino también de cartas del palo de su compañero. En nuestro anterior ejemplo, «A» dispone únicamente de cuatro pi. Si ahora «B» hace una doble elevación, sin disponer de pi, el contrato de cuatro pi no podrá ser cumplido, no obstante disponer de las seis bazas absolutas. Teniendo esto en cuenta, voy a llamar la atención de los lectores hacia el siguiente hecho.

Para poder pujar doblemente el color del compañero, se necesita:

3 bazas absolutas y por lo menos V x x x

3 bazas absolutas y por lo menos x x x x

Hemos hablado ya de la ventaja que proporciona el que un jugador posea únicamente dos cartas de un palo, o sólo una, o, incluso, ninguna. Si se dispone de una tal distribución, puede entonces rebajarse el número de bazas absolutas necesarias.

2 1/2 bazas absolutas y, por lo menos, V x x x

2 1/2 bazas absolutas o x x x x

si se dispone de un palo sólo dos cartas;

2 bazas absolutas y, por lo menos, V x x x

2 bazas absolutas o x x x x

si se dispone en un palo de sólo una carta o ninguna.

Y ahora vamos a dar algunos ejemplos de manos con las cuales se puede hacer una doble elevación. Si «A» abre con un pi, «B» debe contestar con tres pi, siempre que disponga de una distribución igual o parecida a las abajo indicadas:

pi: 8, 6, 5, 3, 2
co: A, R, 5
di: 8, 6, 3, 2
tr: 8, 6, 3, 2

o bien:
pi: D, 8, 6, 3
co: A, 4, 3
di: A, R, 2
tr: 7, 5, 4

o bien:
pi: D, 8, 6, 4
co: 6, 2
di: A, R, 4, 3
tr: R, 10, 4

W. A.

GRAFOLOGIA

por NIGROM

AMANECEER. — Contra lo que usted temía, he tenido paciencia para leer sus tres pliegucitos totalmente llenos de menuda letra. Me encantó el relato suave y bello de su vida, que la ha formado tal cual es. Una muchachita plena de ilusiones y entusiasmos, poco expansiva y muy tímida, ante el temor de no encontrar comprensión para todo lo que vive dentro de usted. Sencilla, buena, indulgente y muy sensible. — Gran prudencia y educación esmerada. — Pulcra y minuciosa, ordenada, detallista y, a causa de todo ello, una personita oscura, que al mirarla nadie puede adivinar lo mucho que vale y que quizá pase por la vida sin que un hombre pueda descubrirla, porque usted no dará pie para ello. Belló y conmovedor a la vez.

ANA MARIA. — No debe usted dudar ni un momento de que la conocen muy a fondo los que se atreven a decirle que es inconstante. Esa falta de voluntad suya es uno de sus principales defectos, pues nada perdura en usted, ni buenos propósitos, ni entusiasmos, ni siquiera cariño, porque, por encima de todo, se quiere usted misma y no tiene fuerzas para defender contra el tiempo o nuevas amistades el afecto de los demás. — La inteligencia es buena, y muy cuidada la educación. — Bastante incrédula y poco indulgente. — Su proceder es algo original y usted procura sacar el mejor partido de esto para resultar más interesante. — Bastante orgullo y mucha vanidad, que desea que siempre sea halagada. No ama el trabajo ni nada que pueda significar esfuerzo y rutina.

SABINA DUBOIS. — No ha sido usted nunca consecuente en sus ideas. Ambiciosa ahora lo que más tarde ha de dejarla

indiferente. — Temperamento nervioso y extraordinariamente sensible. — Susceptibilidad, quizá exagerada. — Ama el dinero, por cuanto puede éste proporcionarle, si bien no sabe guardarlo. — Carece por completo de orden y método. — Inteligencia clara, que ha sido cultivada. — Gusto artístico y un sentido crítico formidable. — Voluntad débil, que pronto se deja influenciar. — Bastante orgullo, pretensión y coquetería. — Algo de pesimismo y desaliento. — Le agrada conocer nuevos horizontes y los recuerdos no perduran mucho en usted.

AB-EL-KREM. — En contadas ocasiones muéstrase sincero, pues por lo general disimula su manera de pensar y llega a sustentar teorías que no siente en absoluto, con la única finalidad de que no puedan penetrar en su interior y conocerle. Bastante orden y método. Pocas ambiciones, y aun éstas son completamente normales. — Pasa bruscamente del entusiasmo a la decepción sin justificación plausible. — Prudente y comedido. — Tiene buena opinión de sí mismo, pero no por ello es un engrudo. — Sencillo y de ideas algo vulgares, lo que le permite sentirse satisfecho en los más diversos ambientes. — Espíritu de contradicción, y él forma la base principal de su carácter.

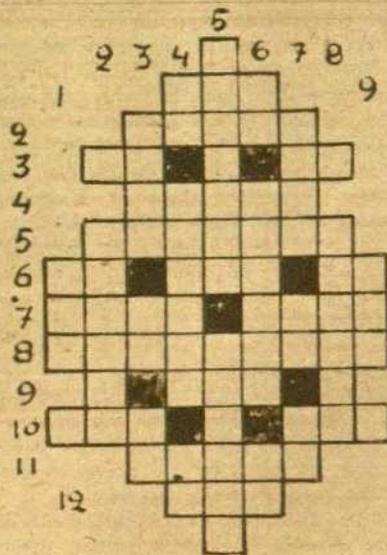
MARY SEIVERT. — Lamento no haber podido contestar antes sus cartas, pero el turno es riguroso y menguado el espacio de que dispongo. Voluntad muy firme es la suya, que sabe manifestarse en todo tiempo y la permite emprender cualquier empresa, a pesar de sus ideas pesimistas, que la inducirían a «esconderse en un rincón». Su voluntad la ayudará siempre a vencer. — Muy prudente y sensible, comparte el dolor y disculpa las flaquezas de sus semejantes, a la par que cuida de no herir susceptibilidades. — No es ambiciosa. — Memoria y dominio per-

fecto de sus nervios. — Imaginación normal. — Buena. — Cariñosa. — Leal. — Ordenada y metódica. — Cuidadosa, y

su rubicundidad se patentiza en todo. — Una personita, en fin, algo oscura, pero que puede llenar de luz cualquier vida.

CRUCIGRAMAS

CRUCIGRAMA NUMERO 225



HORIZONTALES
1. Animal. — 2. Unidad del ejercicio. — 3. Nota. — 4. Artículo. — 5. Arma. — 6. Letra griega. — 7. Zai. — 8. Habitantes. — 9. Llamada. — 10. Cifra. — 11. En algunas casas. — 12. Número.

VERTICALES
1. Voz onomatopéyica. — 2. Nombre de un teatro. — 3. Utensilio para practicar un deporte. — 4. Terminación verbal. — 5. Negación. — 6. Pronombre. — 7. Individuo que cuida de las resacas de mulas. — 8. Maestro. — 9. Adverbio. — 10. Decadencia. — 11. Preparación inseparable. — 12. Terminación verbal. — 13. Nota. — 14. Composición poética. — 15. Sacerdote y poeta español.

ble. — 7. Animal muy domesticable. — 8. Terminación verbal. — 9. Nota. — 10. Composición poética. — 11. Sacerdote y poeta español.

SOLUCIONES

SOLUCION AL CRUCIGRAMA NUMERO 224

HORIZONTALES: 1. Canosas. — 2. Vital. — 3. Citabas. — 4. Cadí. — 5. Anas. — 6. Rolod. — 7. Norte. — 8. Pi. — 9. Oia. — 10. To. — 11. Soda. — 12. Pena. — 13. Olvidan. — 14. Tisis. — 15. Os. — 16. No.

VERTICALES: 1. Copo. — 2. Cálido. — 3. Avido. — 4. Alto. — 5. Nitido. — 6. Viso. — 7. Cota. — 8. Luis. — 9. Sábana. — 10. Dino. — 11. Alano. — 12. Paso. — 13. Sarten. — 14. Sión.

Clemente Tello

TRANSPORTES

Membrillo, 38 - Teléfono 118

VILLANUEVA Y GELTRU

PARA CURAR UN CATARRO

Cuento
por
**MARK
TWIN**

Traducido por M. MILLANES Ilustración de JOSE M.^a PRIM



S bueno, quizá, escribir para entretenimiento del público, pero es mucho más sublime y generoso escribir para su educación, su utilidad y su efectivo y tangible beneficio. Esto último es el único propósito del presente artículo. Si éste resulta el instrumento para restablecer la salud de un desamparado doliente entre los de mi especie, de encender una vez más la llama de la esperanza y la alegría en sus apagados

ojos, de devolver nuevamente a su marchito corazón los ardientes y generosos impulsos de otros días, me consideraré ampliamente recompensado por mi trabajo; mi alma será colmada de los sagrados gozos que experimenta un cristiano cuando ha hecho una obra buena y desinteresada.

Habiendo llevado una vida pura e intachable, me siento autorizado en creer que nadie que me conozca rechazará, por temor a que esté tratando de embaucarle, las sugerencias que voy a hacer. Que el público haga el honor de leer mis experimentos en el tratamiento de un catarro, según se exponen aquí, y que luego siga mis pasos.

Cuando se quemó la Casa Blanca de Virginia perdi mi hogar, mi felicidad, mi salud y mi baúl. La pérdida de los dos objetos primeramente nombrados no fué de gran trascendencia, puesto que un hogar sin una madre o una hermana, o alguna lejana parienta joven que nos recuerde, poniendo nuestra ropa sucia fuera del alcance de la vista o retirando del manto de la chimenea nuestras botas, que hay quien piensa en nosotros y por nosotros vela, se consigue fácilmente. Y no me preocupa en absoluto la pérdida de mi felicidad, pues como no soy poeta, no es posible que la melancolía pueda enseñorearse de mí por mucho tiempo. Pero el perder una buena salud y un baúl todavía mejor, es una calamidad seria. El día del incendio un severo catarro dió al traste con mi buena salud, como consecuencia del formidable esfuerzo que llevé a cabo preparándome para hacer algo. Sufrí inútilmente, por otro lado, porque el plan que estaba elaborando para extinguir el fuego era tan primoroso que no pude verlo terminado hasta mediados de la siguiente semana.

La primera vez que estornudé, un amigo me dijo que tomara un baño de pies bien caliente y que luego me fuera a la cama. Lo hice. Poco después, otro amigo me aconsejó que me levantara y tomara una ducha de agua fría. Lo hice también. No había pasado una hora cuando otro amigo me convenció de que era prudente «dar de comer a un catarro y matar de hambre a una fiebre». Yo tenía las dos cosas. Por tanto, pensé que lo mejor era hartarme por el resfriado y luego recogerme y dejar que la fiebre muriera de hambre un ratito. En un caso de esta índole, raramente hago las cosas a medias; comí vorazmente. Obsequié con mi costumbre a un forastero que justamente aquella mañana había abierto un restaurante; el hombre esperó cerca de mí respetuosamente silencioso, hasta que hube acabado de nutrir a mi catarro, y luego me preguntó si la gente de Virginia era muy propensa a los catarros. Le contesté que, efectivamente, lo era. Entonces salió a la calle y escondió al interior la muestra del establecimiento.

Me marché hacia la oficina, y por el camino encontré a otro amigo íntimo, el cual me aseguró que un cuarto de litro de agua salada caliente tenía más probabilidades de curar un resfriado que ninguna otra cosa de este mundo. Pensé que apenas me quedaba lugar en el estómago, pero de todos modos lo probé. El resultado fué sorprendente. Creí que había echado del cuerpo a mi alma mortal.

Ahora bien, como doy a conocer mi experiencia sin más intención que la de servir a los que se sienten aquejados de la enfermedad sobre la cual escribo, estoy seguro que se comprenderá la conveniencia de que les prevenga contra la observancia de esta parte del tratamiento, que se mostró ineficaz conmigo, y que bajo tal convicción les aconsejo que no tomen agua salada caliente. Puede que como remedio sea bastante bueno, pero demasiado severo. Si volviera a tener un catarro nasal y no se me dejara más camino que el de escoger entre un terremoto o tomar un cuarto de litro de agua salada, probaría mi suerte con el terremoto.

Después que se hubo apaciguado la tempestad que se levantó en mi estómago, no tropecé con ninguna otra alma caritativa, y continué pidiendo pañuelos prestados y convirtiéndolos en girones, hasta que encontré a una señora que acababa de llegar de las montañas, la cual me dijo que había vivido en una parte del país donde los médicos eran muy escasos y que por necesidad había adquirido considerables conocimientos prácticos en el tratamiento de simples «males caseros». Comprendí que debía de poseer una vasta experiencia, pues parecía tener unos ciento cincuenta años.

Mezcló una cocción compuesta de miel, aguafuerte, trementina y otras varias drogas, y me ordenó que tomara un vaso lleno de esta cocción cada cuarto de hora. Jamás llegué a tomar más de una dosis; y fué suficiente. Me arrebató todos los principios morales, y despertó todos los instintos perversos de mi naturaleza. Bajo su perniciosa influencia, mi cerebro concibió prodigios de maldad, pero mis manos estaban demasiado débiles para llevarlos a la práctica; por entonces, de no haber sido que mi energía se había rendido a una sucesión de asaltos de infalibles remedios para el res-



frío, estoy convencido que hubiese probado de saquear el cementerio; igual que mucha otra gente, a menudo me he sentido ruin, y he obrado en consecuencia; pero nunca, hasta que tomé esta medicina, me había manifestado en tal estado de sobrenatural depravación; y me sentía orgulloso de ello. A los dos días estaba de nuevo dispuesto a medicarme. Tome algunos otros remedios infalibles, y finalmente mi catarro pasó de la cabeza al pecho.

Llegué a toser incesantemente, y mi voz descendió bajo cero. Hablaba con tonalidades atronadoramente profundas, dos octavas por debajo de mi timbre natural. Por las noches, sólo podía conseguir dormirme después de toser hasta alcanzar un estado de extrema postración, y entonces, tan pronto como empezaba a hablar en sueños, mi disonante voz me despertaba de nuevo.

Mi caso se hizo más y más serio cada día. Se me recomendó ginebra pura; la tome. Luego ginebra y miel; lo tomé también. Luego ginebra y cebollas; añadí las cebollas y me tomé el trio. No observé ningún efecto notable, sin

embargo, excepto que había contraído una respiración que parecía la sirena de un vapor.

Decidí que debía viajar para restablecer mi salud. Fuí a Lake Bigler con mi camarada reporteril, Wilson. Me complace imaginar que viajamos en gran estilo; fuimos en un coche de tercera, y mi amigo se llevó consigo todo su equipaje, que consistía en dos excelentes pañuelos de seda y un daguerrotipo de su abuela. Paseábamos en barca, cazábamos pescábamos y bailábamos todo el día, y yo cuidaba mi resfriado toda la noche. Así, de este modo, pude probar que mejoraba a cada una de las veinticuatro horas del día. Pero mi dolencia continuaba empeorando.

Se me recomendó un baño de sábanas. Nunca había rehusado remedio alguno todavía, y parecía poco prudente empezar entonces. Por lo tanto, decidí tomar semejante baño aun cuando ignoraba en absoluto qué clase de combinación era aquella. Se me administró a media noche, y el tiempo era muy frío. Me desnudaron el pecho y la espalda, y una sábana (parecía tener miles de yardas) empapada de agua helada fué enrollada a mi cuerpo, hasta que parecí el es cobillón de un cañón.

Es un procedimiento bárbaro. Cuando el helado trapo toca la carne de uno, le hace dar un salto con súbita violencia y boquear en busca de aliento, igual que si se encontrara en las agonías de la muerte. Me heló los huesos hasta la médula, y mi corazón dejó de latir. Pensé que había llegado mi hora.

El joven Wilson dijo que el hecho le recordaba una anécdota acerca de un negro que, mientras lo estaban bautizando, se escurrió

de las manos de cura, y por poco se ahoga. No sin grandes esfuerzos pudo sostenerse flote, sin embargo, y finalmente salió del agua considerablemente congestionado y furiosamente colérico. Saltó a tierra echando agua igual que una ballena y advirtiendo con gran acritud que «¡uno de estos días algún señor negro va a se' muer' con semejante tontería como esa!»

No toméis nunca un baño de sábanas; nunca. Siguió después una señora conocida que, por razones que ella sabía mejor que nosotros, no te ve cuando te mira, y así no hay manera de saber cuando es que te ve; realmente es la cosa más desagradable de este mundo.

Pero, como iba diciendo, cuando un baño de sábanas falló, una señora amiga me recomendó la aplicación de un emplastro de mostaza en el pecho. Creo que esto me hubiera curado eficazmente, de no haber sido por el joven Wilson. Afirmé a la cama, dejé mi emplastro de mostaza — que por cierto era muy espléndido, de diez u ocho pulgadas cuadradas — donde pudiera alcanzarse fácilmente cuando estuviera listo para ponérmelo. Pero el joven Wilson entró hambre por la noche, y aquí pábulo para la imaginación.

Después de permanecer una semana en Lake Bigler, fui a Steamboat Springs, y además de los baños de vapor tomé las pocimas más malas que jamás fueron mezcladas. Me hubieran curado, seguramente, pero tuve que volverme a Virginia, en donde, a despecho de todos los medicamentos que ingería cada día, resultó que mi dolencia empeoraba por descuido y temeraria improvisación.

Por último, me decidí a visitar San Francisco, y el primer día que llegué, una señora que estaba en el Hotel me recomendó que bebiera un cuarto de galón de «whisky» cada veinticuatro horas, y un amigo que vivía en la parte alta de la ciudad me aconsejó precisamente lo mismo. Cada uno me dijo que tomara un cuarto; esto sumaba medio galón.

Lo hice, y todavía vivo.

Ahora bien, con los mejores propósitos de este mundo ofrezco a la consideración de héticos pacientes el variado tratamiento que últimamente he llevado a cabo. Que lo prueben. Si no los cura, tampoco puede hacer más que matarlos.